José-Miguel Vila
UCRANIA
FRENTE A
PUTIN
viveLibro

Índice

Portada
Citas
Agradecimientos
Prólogo
Orientación preliminar
Introducción: Antecedentes del conflicto
    Historia común
    Un incómodo vecino
I. La Ucrania de hoy
    Mapa de Ucrania
    Economía
    Una corta pero intensa historia como estado independiente
    Euromaidán
    El final de Yanukóvich
    A debate: Raíces profundas
II. Resurge el imperio ruso
    A debate: Las viejas glorias
III. ¿Crimea es ucraniana, rusa o, sencillamente, Crimea?
    Base de Sebastopol
    Los toros desde la barrera
    Mapa de Crimea
    A debate: Vecinos y obligados a entenderse
IV. El peligro de guerra civil
    Intereses ajenos
    A debate: el perdón y el olvido pueden estaraún muy lejos
V. El tibio papel de EUA y la UE
    A debate: ¿Ayuda exterior o injerencias en asuntos internos?
VI. Entre el tanteo y la estrategia
    Tiempo de rencillas
    A debate: Muchos y muy complejos aspectos
VII. ¿Mirando hacia el futuro?
    A debate: Del pesimismo más duro, al optimismo más prudente
VIII. ¿Al borde de una III Guerra Mundial?
    A debate: Posible sí, pero no probable
Nota final
Agradecimientos
Créditos

«Para hacer la paz se necesitan dos, pero para hacer la guerra basta con uno solo».

ARTHUR NEVILLE CHAMBERLAIN

«Las leyes callan cuando las armas hablan».

MARCO TULIO CICERÓN

«Las armas se deben reservar para el último lugar, donde y cuando los otros medios no basten».

NICOLÁS MAQUIAVELO

«Jamás hubo una guerra buena o una paz mala».

BENJAMÍN FRANKLIN

«Cualquier guerra entre europeos es una guerra civil».

EUGENIO D'ORS

A todos los hombres y mujeres que,
en todo tiempo y lugar, han tenido que soportar
encubrimientos retóricos y justificaciones ideológicas
en medio de una guerra que no han buscado,
pero cuyas consecuencias han caído inexorablemente
sobre sus cabezas y las de sus descendientes.

PRÓLOGO

Y ahora Ucrania.

No para. Es inquieto. Luchador. Diferente. Comprometido. Perseverante. Y es mi amigo. Lo pongo por delante porque creo que hoy en día la amistad de verdad, no la relación de las redes sociales, tiene un valor mayor.

Conocí a José-Miguel Vila en septiembre de 2002. Entonces yo iniciaba mi relación profesional con la ONCE y José-Miguel era director técnico de Comunicación de la casa. Y conocí a un periodista. Porque un periodista siempre lo es, aunque trabaje en labores de comunicación o sea escritor, como ahora nos toca comentar de José-Miguel. Entonces compartimos departamento durante tres años.

Participamos en diferentes proyectos y recuerdo especialmente dos: un libro sobre el 65 aniversario de la ONCE. Espectacular. Diferente a todo lo que se había hecho hasta entonces en materia de conmemoraciones de una empresa o entidad. Impecable en la forma y en el fondo. Y el primer libro escrito por José-Miguel: *Con otra mirada* (2003), 50 historias de personas ciegas donde «lo sustantivo es la persona y ciego es solo el adjetivo». Me tocó acompañarle a diferentes ciudades españolas para contar este libro de entrevistas donde cada personaje podía ser el protagonista de un libro entero. José-Miguel no dejaba de sorprenderme por sus argumentos o comentarios sobre su obra. Ahí había madera de periodista y de escritor.

Siguió publicando libros: *Mujeres del mundo* (2005), *Prostitución: Vidas quebradas* (2008), *Dios, Ahora* (2010) y *Modas infames* (2013).

Y ahora vuelve a sorprendernos con una visión particular de Ucrania. Tiene la habilidad de contar los últimos episodios en un país siempre revuelto, vincularlo con quienes algunos llaman el nuevo «zar Putin» y explicar de manera sencilla y atractiva los sucesos de un lugar clave en un mundo interconectado donde si se mueve una pieza de ajedrez, puede provocar un jaque mate al resto de países de la zona. Ucrania se encuentra en un lugar estratégico entre Europa y Asia, con una posición privilegiada para Rusia y su salida al mar Negro (los rusos siempre han estado obsesionados con el mar, con buscar salidas). Un país con mucha más historia que la propia Rusia, pero que ha permanecido bajo su dominación durante demasiados años. En esto me recuerda a Polonia, un país que celebra más las derrotas que las victorias. Es lo que tienen los imperios: fagocitan a sus satélites, como si fuera un cuadro de Goya (un autor que gusta mucho en los países del Este).

Tuve la suerte de conocer Kiev (capital de Ucrania) en 2012, justo antes de las revueltas. Me sorprendió su riqueza, sus monumentos, sus monasterios, su universidad. Los ucranianos mostraban de una manera sencilla su cultura. Pero había un poso, una dependencia excesiva de

Rusia que podía romper la débil estabilidad del país.

José-Miguel, una vez más, acierta con el enfoque. Deja que en su libro hablen muchas personas, ucranianas o expertos en el país y en la zona. Un libro coral donde él va dando paso a testimonios que nos aclaran una realidad desconocida u oculta tras un velo de poder donde se mezclan intereses contrapuestos.

Un libro oportuno de un periodista que sabe adentrarse en el corazón de un país. Una habilidad al alcance de muy pocos. Vila nos vuelve a sorprender. Seguro que ya está pensando en el siguiente libro. En otro asunto que nos desvelará cuestiones con otra mirada, donde hablará de vidas, de mujeres, de un país, como hace en Ucrania que precisamente significa eso: país. El país que destripa José-Miguel Vila, con permiso de Putin. ¡Enhorabuena!

José Manuel González Huesa,
director general de Servimedia

ORIENTACIÓN PRELIMINAR

El año 2014 va a ser recordado durante muchos decenios en Ucrania. En la historia general y en la historia particular de cada uno de sus, aproximadamente, cuarenta y cinco millones de ciudadanos que han visto en muy poco tiempo demasiados cambios para poder digerirlos sin efectos secundarios.

Una revolución, la de la plaza Euromaidán; la dimisión de un presidente, Víktor Yanukóvich, y su huida por pies a la vecina Rusia; su sustitución por otro presidente interino, Oleksandr Turchínov,durante apenas tres meses, los suficientes para poder celebrar nuevas elecciones; la invasión de la península de Crimea propiciada por el presidente ruso, Vladímir Putin (en 1954 el entonces presidente de la URSS, Nikita Kruschev, había cedido ese territorio al Estado ucraniano); el crecimiento de los movimientos separatistas en las zonas de Lugansk y Donetsk; la elección de un nuevo presidente constitucional en mayo, Petró Poroshenko; la subida por momentos de la tensión entre Rusia y Ucrania, más aún después de que murieran casi 300 personas en un avión comercial de la compañía Malaysia Airlines, abatido por un misil tierra-aire cuando sobrevolaba Crimea.

Estas y muchas otras circunstancias nacionales e internacionales han situado a Ucrania cerca, muy cerca, del infierno. ¿Qué otra cosa, si no, es una guerra? Guerra civil, porque las diferencias en todos los asuntos comunes entre las partes oriental y occidental del país se han hecho casi insalvables. Guerra contra el gran gigante ruso, porque su presidente ha armado a las milicias nacionalistas, no solo de Crimea, sino de otras zonas del este de Ucrania (Donetsk y Lugansk) contra el gobierno de Kiev. Y una posible guerra multinacional porque, sobre todo tras el ataque al avión civil de Malasia, el mundo se puso en vilo ante la duda de una posible intervención occidental en apoyo a las autoridades ucranianas. Afortunadamente, Putin no puso obstáculos a la investigación para determinar las causas que pudieron coincidir para que se diese tan lamentable error y el mundo entero respiró.

Todas estas son razones suficientes para que, de un modo objetivo y cercano a la vez, nos hayamos puesto manos a la obra para intentar acercarnos a las causas, los efectos y las posibles consecuencias inmediatas y futuras de un conflicto que, por segunda vez en muy poco tiempo (recuérdese Yugoslavia y los Balcanes), ha tenido Europa en su misma casa, en su propio territorio.

Si después de repasar estas páginas, amigo lector, llegas a compartir conmigo la gran complejidad que rigen las relaciones internacionales —Rusia y Ucrania no son tampoco en esto una excepción—, donde priman, sobre todo, los intereses particulares de los estados, pero tremendamente condicionados por la historia, las relaciones políticas y diplomáticas de alianzas con los otros estados, sus relaciones

económicas y un sinfín de cuestiones más, me daría por más que satisfecho.

JOSÉ -MIGUEL VILA

INTRODUCCIÓN: ANTECEDENTES DEL CONFLICTO

Hasta finales de 2013, momento en que diversos movimientos políticos, sociales y ciudadanos de Ucrania se concentraron durante semanas en Euromaidán, la principal plaza de Kiev, su capital (término que acabó denominando también al propio movimiento opositor al gobierno del entonces presidente Víktor Yanukóvich, y que constituye el origen inmediato del grave conflicto que se ha desencadenado en Ucrania en 2014), la inmensa mayoría de la población mundial asociaba este país con una de las mayores catástrofes nucleares vividas el siglo pasado, el accidente de Chernóbil, cuando la todavía República Socialista Soviética de Ucrania, formaba parte de la URSS (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas).

Corría el año 1986 cuando este país del Este de Europa fue portada en todos los medios de comunicación mundiales a consecuencia de la catástrofe de Chernóbil, un accidente nuclear que contaminó alrededor del 10 % de la tierra de Ucrania, con precipitaciones radiactivas que —según datos oficiales— hicieron necesario evacuar a más de 200.000 personas. La gravedad del accidente fue de tal magnitud, que se llegó a detener totalmente la actividad agrícola de la nación por la elevada toxicidad de los productos. En concreto, fueron afectados casi 40.000 kilómetros cuadrados de territorio y se perdieron 4,7 millones de hectáreas agrícolas fértiles.

Inicialmente, fueron solo varios cientos de personas quienes sufrieron directamente sobre su salud los graves efectos contaminantes de la central nuclear, precisamente las que participaron en la limpieza de emergencia de la zona. Pero lo peor se manifestaría durante los años posteriores y, casi 30 años después de ocurrido el accidente, son aún evidentes las terribles consecuencias que afectan a la población que habitaba en torno a la central de Chernóbil, especialmente en forma de cáncer de tiroides en los que entonces eran niños. De hecho, además, gran parte de las zonas más afectadas todavía son inhabitables.

El accidente tendría también graves consecuencias políticas en las relaciones de Ucrania con el gobierno de Moscú. La opacidad de las autoridades soviéticas, la ocultación sistemática de la verdad en las explicaciones de las consecuencias del grave accidente, la lentitud de las medidas adoptadas, especialmente en la evacuación de las zonas más afectadas (en contraste con la de las familias de los dirigentes del partido), crearon en esa generación ucraniana un sentimiento de rechazo hacia el poder central que representaba Moscú.

Pero, antes de meternos «en harina», antes de desgranar poco a poco

la situación que hoy atraviesa Ucrania, quizás convenga dar un pequeño repaso a la geografía e historia de un país con mucha más importancia geoestratégica de la que muchos europeos piensan y, al mismo tiempo, con una historia íntimamente vinculada con la de su vecina Rusia.

Historia común

Ucranianos y rusos tienen un origen y una historia común ya que ambos son eslavos y sus comienzos como pueblos pueden encontrarse en la misma zona geográfica. Habitaron en la estepa ucraniana entre el río Dniéper y los Cárpatos y formaron parte de la cultura tripillia, que se originó en torno al Dniéper entre los años 4500 a. C. y 3000 a. C. Tras la desaparición de esa cultura, los eslavos continuaron viviendo en la misma zona junto a otras tribus y colonias griegas que se establecieron al norte del mar Negro.

En los siglos XI y XII , Kiev fue el centro del principado Rus (término que identificaba a los eslavos orientales en la Alta Edad Media y que daría lugar al término «ruso»). Pero Kievan Rus no fue un estado, tal y como hoy entendemos el término, sino un conjunto de territorios y ciudades habitadas por tribus y grupos en los cuales las lealtades fueron fundamentalmente territoriales y no nacionales. Fue la invasión de los mongoles, que saquearon Kiev en el año 1240, la fecha que marcó el final de Kievan Rus, aunque también contribuyeron a su desaparición las continuas disputas internas entre sus gobernantes En cualquier caso, Kiev fue el principal centro cultural y político de Europa del Este y por eso se conoce como la madre de todas las ciudades rusas. De ahí, el estrecho vínculo histórico y cultural con Rusia que hace que muchos rusos vean a Ucrania como la cuna de su civilización.

Fue también en el principado de Kiev donde se escribió la más antigua muestra de literatura ucraniana (textos en antiguo eslavo eclesiástico), que constituyó la fundación de la literatura rusa; el idioma ucraniano se desarrolló de forma independiente después del siglo XIII , pero los escritores ucranianos prefirieron usar el ruso como lengua literaria hasta pasado el siglo XIX , periodo en el que, con el resurgimiento del nacionalismo ucraniano, volvió a utilizarse más el idioma nacional.

Tras los siglos X , XI y XII , diversas invasiones y ocupaciones han marcado siempre el devenir histórico de Ucrania. Pilar Requena del Río, profesora asociadadeRelaciones Internacionalesde la Universidad Complutense de Madridy periodista de TVE,define en estas pocas líneas los últimos nueve siglos de su historia en «*Ucrania, en el abismo»,* (Boletín del Instituto Español de Estudios Estratégicos-IEEE nº 23, marzo de 2014: http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_opinion/2014/

DIEEEO23-2014_Ucrania_en_el_Abismo_P.Requena.pdf): «Tártaros, polacos, lituanos, rusos, turcos, suecos, cosacos, lucharon en sus tierras. Siempre estuvo bajo la influencia o perteneció a algún imperio: el austrohúngaro, el otomano, el zarista, la Unión Soviética. Un amplio pedazo, incluyendo Kiev, se unió a Rusia en el siglo XVII . Galitzia, en el oeste, cayó en manos de los austríacos un siglo después para ser ocupado por Polonia tras la I Guerra Mundial, cuando el resto de Ucrania se unió a la Federación Soviética. Pero Churchill, Roosevelt y Stalin entregaron en 1945 Galitzia y su capital Lviv a Ucrania que durante siglos ha luchado por definirse a sí misma. No fue realmente un estado independiente hasta 1991 cuando se desgajó de la Unión Soviética».

Desde el punto de vista ucraniano, se considera que Rusia no puede exigir la herencia de Kievan Rus porque sus orígenes se encuentran en el principado de Vladímir-Súzdal, que después se convirtió en Rusia. En una interesante tesis doctoral leída por Paulino Javier Granados González en la Universidad Complutense de Madrid en 2004, acerca de las relaciones ruso-ucranianas tras la independencia de Ucrania en 1991, se subraya que «la historiografía ucraniana explica que las diferencias entre las actuales Rusia y Ucrania comenzaron desde antes de la formación de Kievan Rus y se deben, fundamentalmente, a la situación geográfica de cada entidad, lo que implicó recibir influencias políticas y sociales diferentes» (Granados González, Paulino Javier: *Factores de las relaciones ruso-ucranianas, 1991-1997*. Tesis Doctoral, 2004, pág. 37 y siguientes. El texto íntegro de la tesis puede encontrarse en: http://eprints.ucm.es/tesis/inf/ucm-t25600.pdf).

Según los nacionalistas ucranianos, la etnia rusa desciende de los *slovianians* y de los *viatichinians* , que habitaron al norte de la Estepa, mientras que los ucranianos tienen sus orígenes en la tribu *polianian* , que es originaria de los alrededores de la actual Kiev, por lo que desde un primer momento hubo una separación absoluta entre rusos y ucranianos.

Por el contrario, el punto de vista de la historiografía rusa sostiene queUcrania es una parte integrante de la nación rusa, por lo que se le niega la autonomía. La tradición de Kievan Rus, su cultura, su sistema político, económico y la religión se trasladó a Vladímir-Súzdal y de ahí al imperio zarista.

Un poco más adelante, a principios del siglo XX , la visión de la recién creada Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas sosteníaque Kievan Rus fue la creación de un mismo pueblo, el eslavo del Este, formado por rusos, ucranianos y bielorrusos. Tras la invasión mongol se separaron, pero el Tratado de Pereyáslav los reunificó en 1654.

«El objetivo de las autoridades soviéticas fue siempre fomentar una visión unitaria de la URSS que justificase su estructura, en teoría

federal, y que no concediese prioridad al pueblo ruso sobre el resto de los que formaban la Unión Soviética», (Granados González, Paulino Javier: *Factores de las relaciones ruso-ucranianas, 1991-1997*. Ob. Cit. pág. 42).

Un incómodo vecino

Pero, lo quiera o no, Ucrania tiene que convivir con un incómodo vecino que ocupa un territorio casi infinito que no es ni Asia ni Europa, con influencias escandinavas y bizantinas, en el que se asienta un pueblo, el ruso, en constante expansión y colonización, pero lleno de contrastes y paradojas. Una nación marcada por el constante hostigamiento externo: los nómadas y los germánicos, primero y, después, el polaco, el prusiano, el francés y el japonés.

Para Jean Meyer (*Rusia y sus imperios. 1894-1991* . Ed. Fondo de Cultura Económica. México. 1997), Rusia es una nación que llega tarde a todo: al cristianismo, a la Ilustración, a la servidumbre campesina, a la formación del Estado, a la Era Industrial y que, quizá por ello, llega temprano a la revolución.

Una de las constantes, aunque no la única, de esa consolidación es el terror que inicia Lenin contra los enemigos internos de los bolcheviques y que, después, continuará Stalin hasta sus últimas consecuencias con millones de habitantes sacrificados por sucesivas oleadas de terror. Un terror que, por cierto, alcanza también y de lleno a millones de habitantes de Ucrania, que se instaura como método de gobierno y que va a afectar a todos con el fin de construir el socialismo y llevar a cabo la industrialización.

La desestalinización y el deshielo que empieza Nikita Kruschev a la muerte de Stalin habrán de conducir a otros despropósitos. Primero, la competencia económica y espacial con Occidente que plantea Kruschev; luego, la competencia con Occidente por el Tercer Mundo que realiza Brézhnev, su sucesor. Ambas, de acuerdo con Meyer, introducen el virus que acabará finalmente con el gigante soviético: el gasto en el complejo industrial-militar, prioridad a la cual se sacrifica todo lo demás. En el periodo de Brézhnev se acumulan las pequeñas crisis que confluirán en la gran crisis final:

1) El creciente e intolerable gasto militar.

2) La crisis demográfica, pues sube la mortalidad y baja la esperanza de vida.

3) La crisis petrolera que golpea a una URSS que ahora financia su crecimiento con las exportaciones de petróleo y gas.

4) Las crecientes importaciones de cereales ante la crisis de la agricultura soviética.

5) El costo del imperio y el Vietnam ruso, Afganistán.

6) La rebelión polaca de Solidarnosc y Walesa.

7) El apoyo estadounidense a todo lo que se les oponga, llámese Solidarnosc, guerrilleros afganos o la Contra nicaragüense.

8) La carrera armamentista agudizada por el proyecto de Guerra de las Galaxias de Estados Unidos.

9) La aparición del nacionalismo ruso.

10) El fracaso de la política de rusificación de las otras naciones soviéticas.

11) El relevo generacional en el gobierno tras las muertes inmediatas y sucesivas de Brézhnev, Andrópov y Chernenko.

Pero el sistema era insalvable, dice Meyer, y Mijaíl Gorbachov, con la Perestroika y la Glásnost (las libertades), fue el preludio de una serie de acontecimientos imparables que desembocaron en la rápida disolución del imperio tras el intento de golpe de Estado de los conservadores en 1991.

I

LA UCRANIA DE HOY

Mapa de Ucrania

El nombre oficial de Ucrania es Ukrajina;se trata de una república situada en el este de Europa, que limita al norte con Bielorrusia y Rusia, al este con Rusia, al sur con el mar Negro y el mar de Azov, al suroeste con Rumania y Moldavia y al oeste con Hungría, Eslovaquia y Polonia. Sus fronteras terrestres superan los 5.000 Km.

Hasta 1991 fue una más de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y, desde entonces, es un miembro asociado de la Comunidad de Estados Independientes (CEI), que en diciembre de 1991 reemplazó a la anterior URSS, aunque no ha llegado a ratificar el acuerdo sobre pagos y aduanas, eligiendo la condición de observador en la Asamblea Internacional de la CEI.

Los ucranianos (también conocidos como «pequeños rusos») constituyen el 72 % de la población de Ucrania y los rusos el 22 %. Ambos grupos de población conviven con otras minorías: bielorrusos, moldavos, húngaros, búlgaros, polacos y tártaros de Crimea, aunque estos últimos hoy son una pequeña minoría porque la mayor parte de ellos fueron deportados de forma masiva en 1944 a varias repúblicas de Asia central, acusados por Stalin de colaborar con los nazis.

La superficie total de Ucrania es de 603.700 km2 , incluida la península de Crimea, que dejó de ser rusa para pasar a ser ucraniana en 1954 como consecuencia de una decisión del entonces líder soviético Nikita Kruschev, que se la regaló a Ucrania como una muestra de la amistad entre los pueblos de la URSS. Su extensión es, pues, aproximadamente, un 10 % mayor que la de España, que es de unos 550.000 km2 , lo que sitúa a este país como el segundo más extenso de Europa después de Rusia. Su territorio se compone de tierras llanas (estepas y mesetas) de gran fertilidad (el 53,8 % del territorio es cultivable), con algunas estribaciones montañosas al suroeste, los Cárpatos, y en la península de Crimea.

En 1991 Crimea dejó de ser un *oblast* , es decir, una división administrativa similar a una región o provincia, para pasar a ser una República Constituyente. Además, Ucrania cuenta con 24 *oblast* y dos municipios con un estatuto especial: Kiev, la capital y principal ciudad del país (unos tres millones de habitantes) y Sebastopol, que alberga la flota rusa del mar Negro bajo contrato de arrendamiento. Otras grandes ciudades son Járkov (1.470.000), Dniepropetrovsk (1.065.000), la antigua Yekaterinoslav, hoy Donetsk (1.016.000), Odesa (1.029.000), Lvov (806.000) y Mariúpol (492.000).

S egún el censo de 2011, la población ucraniana era de 45.000.000

habitantes. Cuenta, pues, con una densidad de población de 74,44 hab./km2 , aproximadamente. La densidad de población es mayor en las regiones del extremo este y en el oeste, mientras que los habitantes se encuentran más dispersos en el centro del país, excepto en Kiev. Alrededor del 68 % de la población reside en áreas urbanas. El crecimiento demográfico es bajo: la tasa a finales de la década de 1980 era la más baja de la antigua URSS. En 2004 era del –0,66 % y, cinco años después, en 2009, la población era la misma que 40 años antes, en 1969.

El idioma ucraniano se ha convertido en la lengua oficial del sistema educativo, después de una prolongada rusificación llevada a cabo bajo el dominio soviético. El ruso es, sin duda, el segundo idioma del país y se usa en buena parte de las escuelas, especialmente en donde la población rusa es mayoritaria. Hay también pequeños focos de otras lenguas entre las minorías, especialmente el húngaro y el polaco.

En Ucrania hay un alto nivel educativo. La mayor parte de la población domina al menos dos lenguas: ucraniano y ruso, aunque también es normal que en el ámbito universitario se conozca el inglés. Existen universidades estatales en Kiev (1834), Járkov (1805), Odesa (1921), Lvov (1661), Chernovtsi (1875), Dniepropetrovsk (1918), Simferópol (1918) y Donetsk (1965).

La mayor parte de la población es cristiana y forma parte de la Iglesia ortodoxa, aunque son también muchos los católicos, especialmente entre los ucranianos occidentales y entre las minorías húngara y polaca. También existe un pequeño porcentaje de protestantes, musulmanes y judíos.

Economía

Ucrania tiene un PIB de 165.000 millones de US $, con una renta per cápita de 3.600 US $. Si comparamos esos datos con los de la Federación de Rusia (17 millones de Km2 de superficie, 143 millones de habitantes, 1,5 billones de US $ de PIB y 10.500 US $ de renta per cápita), se puede comprobar que el desequilibrio es muy grande, lo que dificulta el establecimiento de una relación entre iguales en las relaciones de ambos estados.

Tiene recursos minerales muy importantes: yacimientos de hierro en el sureste, cerca de los yacimientos bituminosos de carbón y antracita de la cuenca del Donetsk. (La mayor parte de los datos consignados en este apartado han sido extraídos de la «Enciclopedia Microsoft ® Encarta ® 2005». © 1993-2004, y actualizados, en su caso, a través de consultas en la red).

La región de Nikopol contiene una de las más ricas concentraciones del mundo de manganeso. También hay yacimientos comerciales de titanio, bauxita, mercurio, sales minerales y sulfuro. En la década de

1960 Ucrania contribuyó con un tercio al suministro de gas natural de la URSS, pero hoy es un importador de hidrocarburos.

La base de la economía de Ucrania está en la industria, un sector que contribuye en un 38,2 % al PIB y engloba más de una cuarta parte de la población activa.

Las manufacturas principales son hierro y acero (es el cuarto productor mundial de acero), maquinaria pesada, productos químicos, equipos de transporte, tejidos y alimentos procesados.

Sin embargo, la política económica, desde la caída del comunismo, ha tenido graves consecuencias para la competitividad del país; en 1992, entró en un proceso de hiperinflación, que alcanzó un 1.445 % tres años después.

La agricultura supone el 15,3 % del PIB y un 20 % de la mano de obra. Es el mayor productor del mundo de remolacha y tiene una producción de cereales comparable a la de Francia. Otros cultivos importantes son patatas, verduras, frutas, girasol y lino. La ganadería también es importante. Hace diez años, había 9,11 millones de cabezas de ganado vacuno, 9,20 millones de porcino, 1.032.000 de ovino y 991.000 de caprino.

El carbón y la fisión nuclear son las fuentes principales de energía en Ucrania. Cada una de ellas supone, aproximadamente, un 30 % de la producción energética del país. Sin embargo, la economía es muy dependiente del petróleo y gas natural de otras antiguas repúblicas soviéticas, especialmente de su vecina Rusia.

La unidad monetaria de Ucrania es la grivna. En 2002, 5,33 grivnas equivalían a 1 dólar. Hoy, en 2014, son necesarias algo más de 13 grivnaspara poder adquirirlo. El karbovanet, una moneda-cupón provisional, sustituyó al rublo ruso entre noviembre de 1992 y septiembre de 1996. Un año antes de ser sustituido por la nueva moneda, es decir, en 1995, 116.979 karbovanets equivalían a un dólar estadounidense. Con el cambio del karbovanet por la grivna, el gobierno de Ucrania pretendió restaurar la confianza en el valor de cambio de la moneda ucraniana ya que, debido a las frecuentes fluctuaciones del karbovanet, la población solía tener sus ahorros en dólares. En 1991 se fundó el Banco Nacional, que es el banco emisor.

Los países de la Unión Europea han ido desplazando, poco a poco, como socios comerciales a los Estados de la antigua Unión Soviética. Esta es una circunstancia que nunca ha sido muy bien vista por la vecina Rusia y, probablemente, en este hecho podría fijarse el foco de la inesperada reacción del presidente Putin al alentar el nacionalismo de Crimea y su posterior invasión *de facto* , que ha provocado un verdadero conflicto interno en Ucrania que la ha llevado al borde de la guerra civil y trastocado el *statu quo* internacional, como analizaremos en las páginas siguientes, aprovechando la tibieza de las

reacciones norteamericanas, cuya opinión pública no vería nada bien la apertura de un nuevo frente bélico fuera de sus fronteras, y de una UE tibia, cuando no estática y confusa, a la hora de buscar una reacción unitaria y firme en todos los temas que afectan a su política exterior y que tampoco ha aprovechado el conflicto de Crimea para comenzar a modificar esa política.

En la actualidad, los países de la Unión Europea proporcionan el porcentaje más grande de las importaciones ucranianas y un mayor mercado para sus propios productos.

Una corta pero intensa historia como estado independiente

Ucrania es una república democrática independiente desde agosto de 1991, fecha en la que el anterior Soviet Supremo de la República Socialista Soviética de Ucrania declaró su independencia. En diciembre de ese mismo año, un referéndum ratificó su independencia respecto de la URSS y se proclamó la República de Ucrania y, cinco años después, en 1996, se promulgó una nueva Constitución, que derogaba la vigente desde 1978.

En 1994, Ucrania celebraba sus primeras elecciones parlamentarias libres y, como era previsible después de tantos años al frente del aparato del estado, los antiguos comunistas y sus aliados mantuvieron gran parte de la representación en el nuevo sistema multipartidista. El poder estaba algo más repartido ya que en el legislativo, o Consejo Supremo, además del Partido Comunista de Ucrania, estaban representados el Movimiento Popular de Ucrania (Ruj), el Partido Socialista de Ucrania, el Partido Campesino de Ucrania, el Partido Democrático Popular de Ucrania y el Frente Nacional (una coalición que englobaba a grupos centristas y reformistas), así como algunos pequeños partidos y representantes independientes.

El germen de lo que sucedió a principios de 2014 hay que buscarlo en estas mismas fechas. Aunque fuera proclamada República Autónoma dentro del territorio de Ucrania, Crimea promulgó una declaración de independencia en mayo de 1992, al mismo tiempo que la Duma rusa declaraba nula y sin valor la transferencia de Crimea de 1954.

Igualmente, tras la independencia de Ucrania, esta y Rusia reclamaron a la vez la posesión de la flota del Mar Negro, con base en el puerto de Sebastopol. A finales de mayo de 1997, los primeros ministros de Rusia y Ucrania alcanzaron un acuerdo para poner fin al conflicto. En función de los términos del tratado, Rusia adquirió el 80 % de la flota y se le garantizó durante un periodo de veinte años el uso, en régimen de arrendamiento, del puerto de Sebastopol. Los dos países mantendrían sus respectivas flotas de guerra en diferentes

bahías del puerto para evitar nuevos y mayores conflictos. Unos años después, en 2010, el presidente Yanukóvich(de clara tendencia prorrusa y sucesor del presidente Yúshchenko), amplió la extensión de la presencia rusa en Sebastopol hasta 2042.

El 21 de noviembre de 2013, Víktor Yanukóvich, decide no firmar el Acuerdo de Asociación y Libre Comercio con la Unión Europea por la gran cantidad de ajustes políticos y reformas económicas que habrían sido necesarias para poder cumplir con las exigencias de Bruselas que, básicamente, se resumían en tres: la liberación de Yulia Timoshenko (ex primera ministra y líder de la oposición y del Partido Patria, encarcelada durante más de dos años tras un juicio político), la reforma de la ley electoral y que imperase el estado de derecho.

El proyecto de una Unión Euroasiática, una zona de libre comercio, rival en el este de la Unión Europea, con estados como Bielorrusia o Kazajistán entre sus miembros, se vería claramente amenazado con ese hipotético acercamiento UE-Ucrania y Putin no tenía intención alguna de facilitar las cosas a Ucrania para avanzar en esa dirección.

El presidente Yanukóvich tenía la misma óptica que Putin, pero no así miles y miles de ciudadanos que veían en el acuerdo con la UE la única vía de salida para la obtención de mejoras económicas y de lucha contra la corrupción política y económica en la que está inmerso el país desde la época de la antigua Unión Soviética.

Para contrarrestar la propuesta de la UE, Moscú estaba dispuesto a abrir a su vecina Ucrania un crédito de 15.000 millones de dólares y una rebaja en el precio del gas, que pronto dejó de mantener en función del desarrollo de los hechos.

Euromaidán

La deriva prorrusa de Yanukóvich movilizó a un numeroso grupo de estudiantes universitarios, que ocuparon la Plaza de la Independencia para presionarle, en lo que es el origen de Euromaidán.

El 30 de noviembre, fuerzas antidisturbios asaltan con violencia el campamento estudiantil en plena noche. Esa circunstancia anima a muchos otros ciudadanos a mostrar activamente su adhesión a los postulados estudiantiles y a sumarse a la acampada, que ya en diciembre provocaría manifestaciones verdaderamente multitudinarias.

El duro invierno de Kiev no amedrentó a los ciudadanos que, apoyados tanto desde dentro como desde fuera del país por muchos otros ucranianos —entre otros, gran cantidad de españoles de adopción que contemplan los hechos entre el temor, la esperanza y el deseo de que cambien las cosas— plantan cara al presidente Yanukóvich, que reacciona con mayor dureza y represión. Hubo decenas de detenidos y se produjeron también desapariciones de activistas. Euromaidán radicalizó su postura y exigía ya el cese del

presidente y un cambio verdadero del sistema.

B uena parte de la población ucraniana ha salido de su país en los últimos lustros. Hace 13 años, nos comenta Lilia M ykolayiv, una de nuestras interlocutoras ucranianas para contrastar las informaciones a las que hemos tenido acceso, estudiaba en los textos escolares que la población era de 52 millones de habitantes, como ya se ha indicado anteriormente, mientras que ahora apenas llega a los 45. No son datos oficiales, pero la percepción de nuestros interlocutores ucranianos en España es que más de un 10 % de la población está fuera de su país y, prácticamente en la totalidad de los casos, por razones económicas. Están repartidos por Europa (Polonia y España, principalmente), pero también por Estados Unidos o Taiwán, entre otros países. Acaso también por esta circunstancia las manifestaciones del Maidán tuvieron mayor repercusión internacional, al tener un importante eco no solo a través de los corresponsales y enviados especiales de los medios de comunicación mundiales a Kiev, sino también por la réplica de esas manifestaciones en muchas plazas de ciudades de Europa y los demás continentes en donde hay núcleos numerosos de población ucraniana.

El 16 de enero, Yanukóvich vuelve a la carga y lleva a la Rada Suprema, el Parlamento, donde cuenta con mayoría, unas duras leyes antiprotesta que, por supuesto, sanciona el Legislativo. Tres días después, decenas de miles de personas se manifiestan en contra de las leyes aprobadas. Las fuerzas especiales de policía mantienen graves enfrentamientos con los grupos más radicalizados de los manifestantes. Los medios, de forma bastante precipitada, empiezan ya a manejar el término de guerra civil para referirse a la situación.

En algunas ciudades, los opositores ocupan edificios oficiales. Unos días después, el 22 de enero, se producen las primeras víctimas mortales. El Parlamento, en sesión extraordinaria, el 28 de enero, abolió la mayoría de las leyes antiprotesta, al tiempo que promulga una amnistía para los detenidos en las revueltas a cambio de que abandonen los edificios oficiales ocupados. Las medidas no son apoyadas por la oposición parlamentaria.

Euromaidán ylos líderes de la oposición parlamentaria, Yatseniuk, KlitchkóyTiagnibok, actúan por separado y sus puntos de vista se distancian cada vez más. Un líder, Svoboda, parece asumir el control de lo que pasa en la plaza, aunque también otros grupos radicales tratan de llevar el agua a su molino, como el ultranacionalista y ultraderechista Pravy Sektor. La falta de proactividad por parte de las autoridades de Europa Occidental provoca un caos generalizado en la nación.

El final de Yanukóvich

El 18 de febrero, la oposición convoca una marcha hacia el

Parlamento para exigir que se restituya la Constitución de 2004 que limita los poderes presidenciales. Los manifestantes, organizados y armados con piedras y cócteles molotov, son bloqueados por fuerzas especiales de la policía muy cerca del Parlamento y, por lo menos, 26 personas mueren en los enfrentamientos. Las fuerzas especiales asaltan también el bastión de los insurrectos, la plaza que acoge el movimiento Euromaidán.

Aunque existen notables diferencias en la óptica de la situación y, sobre todo, en los puntos de vista entre Estados Unidos y la Unión Europea, el bloque occidental en su conjunto amenaza con sanciones diplomáticas y económicas. Los ministros de Asuntos Exteriores de Alemania, Francia y Polonia van a Kiev, junto con el defensor ruso de derechos humanos, Vladímir Lukin, y negocian un acuerdo in extremis entre Yanukóvichy los líderes de la oposición parlamentaria. El viernes 21 por la tarde se escenifica la firma del pacto. Al mismo tiempo, el Parlamento aprueba una ley para liberar a la líder de la oposición, Yulia Timoshenko, promulgar una amnistía general y restituir la constitución de 2004, la formación de un gobierno de unidad nacional y la celebración de elecciones anticipadas antes de diciembre. Yanukóvich seguiría siendo presidente hasta entonces.

Yatseniuk, Klitchkó y Tiagnibok van a Maidán para pedir el plácet de los acampados al acuerdo firmado en el Parlamento, pero son recibidos con pitos y abucheos, al tiempo que un representante del ala más radical de la plaza, Pravy Sektor, fija las diez de la mañana del 22 de febrero como hora límite para que Yanukóvichabandone el poder. Esa misma noche, el presidente deja Kiev.

Inmediatamente, el Parlamento celebra varias sesiones para intentar recomponer la legalidad institucional, pero lo hace bajo la presión en la calle de los manifestantes de Euromaidán, que rodean el edificio. Finalmente, depone a Yanukóvich, elige presidente interino a Olexandr Turchínov, mano derecha de Timoshenko, a la que pone en libertad ese mismo día y se convocan elecciones para el 25 de mayo.

Yanukóvich, desde un lugar indeterminado de Rusia, y la propia Rusia califican los acontecimientos de golpe de estado. Se emite una orden de busca y captura internacional del ex presidente por la muerte de manifestantes. Turchínov advierte que el país está en práctica bancarrota y pide ayuda financiera. Estados Unidos y la Unión Europea prometen que la tendrá bajo las condiciones del FMI y la aplicación de reformas. El 27 de febrero, el nuevo gobierno es presentado a Maidán que da su visto bueno.

Todos estos hechos sumieron a Ucrania en un caos institucional y un vacío de poder. Sin un liderazgo fuerte, la situación fue aprovechada por los separatistas de Crimea que el mismo día 27 de febrero izaban la bandera rusa en los edificios de la Presidencia y del Parlamento de

la República Autónoma de Crimea. No tardaron en aparecer milicianos perfectamente uniformados, aunque sin insignias ni distintivos, pero con un buen adiestramiento militar, que ocultaban su rostro para no ser identificados. El liderazgo ruso había tomado posiciones en la crisis de Crimea.

El 25 de mayo de 2014 se celebró la primera vuelta de las elecciones presidenciales ucranianas, que ganó el empresario P etró Poroshenko, sin necesidad de una segunda vuelta. El nuevo líder de Ucrania, como hombre de empresa, tiene un marcado carácter pragmático y desde el principio sabe que le ha tocado gestionar la peor crisis a la que se ha enfrentado este país desde su independencia en 1991. Poroshenko, apodado «el Rey del Chocolate» , en alusión a la primera gran empresa con la que hizo una gran fortuna, inició su trayectoria política en 1998, como diputado de la Rada. Apoyó la Revolución Naranja de Víktor Yúshchenko en 2004, tras la que fue nombrado Secretario del Consejo de Seguridad Nacional y Defensa y, posteriormente, presidente del Consejo del Banco Nacional de Ucrania. En 2012, bajo la presidencia de Yanukóvich,fue nombrado Ministro de Comercio y Desarrollo Económico, lo que le convierte, a priori, en un hombre de consenso entre rusófonos y europeístas. A su trayectoria política se une, además, la gran mayoría obtenida en las elecciones, un 54,1 % frente al 13,15 % de Yulia Timoshenko, lo que le sitúa en las mejores condiciones posibles para resolver la crisis y hacer frente a una profunda reforma económica que favorezca el crecimiento de Ucrania que, junto con la cohesión territorial y las relaciones con la vecina Rusia, son las claves para la estabilidad del país.

Poroshenko nació en la región de Odessa, habla inglés y rumano y estudió Relaciones Internacionales y Economía en Kiev. Quienes le conocen dicen de él que es suave en las formas, pero resuelto en los contenidos y es visto por muchos de sus votantes como la persona que puede sacar a Ucrania de la crisis y reconducir sus relaciones con la vecina Rusia. El nuevo presidente ucraniano demostró también su valentía física personal al subirse a una excavadora para frenar a unos manifestantes que intentaban tomar por asalto la sede de la Administración Presidencial en otoño de 2013 y posteriormente, en marzo de 2014, al acudir a Simferópol, la capital de Crimea, en un intento fallido de entrevistarse con las autoridades locales e impedir la secesión.

Los partidos que lideraron el Euromaidán apenas sacaron, entre todos, un 2 % de los votos en las elecciones presidenciales, lo que únicamente puede ser interpretado como un duro castigo de los electores ucranianos por las consecuencias de unas revueltas que, aunque consiguieron desplazar del poder al ex presidente Yanukóvich,

hicieron pagar un precio demasiado alto en vidas humanas. A eso se sumó también la incertidumbre y el caos generados, que levantaron el recelo tanto entre los líderes ucranianos, como entre las autoridades estadounidenses y de la UE.

A debate: Raíces profundas

La percepción de los hechos solo en base a la información que se puede recabar, tanto en bibliotecas especializadas como en medios de comunicación, boletines y revistas (ya sea en papel o a través de internet) y redes sociales, que son las fuentes principales a las que hemos recurrido para analizar los aspectos tratados en este libro, hemos querido completarla con entrevistas en profundidad con tres tipos de interlocutores. En primer lugar, con varios ucranianos que viven en España desde hace algunos años, aunque mantienen contacto periódico y permanente con sus familiares y amigos a través de Skipe, Twitter, correo electrónico y teléfono y que, además, visitan su país de origen con cierta frecuencia (cada uno o dos años). Cuatro de ellos son occidentales (Lilia, Elena, Serhii y Lilia) y una quinta, Gala, nació en la zona este del país, es decir, más propensa a percepciones prorrusas.

Completamos esa visión con tres testimonios más. Por un lado el de Víktor, un joven de ascendencia ucraniana, pero de nacionalidad moldava, que creemos que puede aportar una visión tanto desde dentro como desde fuera del conflicto y, por otra, con dos expertos españoles que conocen muy bien tanto el problema, con el que han estado, de uno u otro modo, en contacto directo, como el panorama internacional en general. Me refiero a Ignacio García Sánchez, capitán de navío de la Armada Española que, bajo el pabellón de la OTAN, ha estado más de dos años en tierras ucranianas y crimeas, y la de Joaquín González, profesor de Derecho Internacional en la Universidad Alfonso X, el Sabio de Madrid, que también, conoce bien la realidad ucraniana, de primera mano, por haber trabajado o estudiado sobre el terreno la realidad que abordamos.

Un resumen de sus puntos de vista completará, pues, cada uno de los ocho apartados en los que hemos dividido el libro.

De los cinco ucranianos que se han prestado a analizar con nosotros los acontecimientos que está viviendo su país en los últimos meses, tres de ellos no han tenido inconveniente en aparecer perfectamente identificados con sus nombres y apellidos. Son Lilia Mykolayiv, Lilia Horan, Elena Lacusta y Serhii Ivanov, aunque este último no quiere dar más datos concretos sobre su currículum. Dos personas han preferido no identificarse y para seguir sus puntos de vista han adoptado los nombres de Gala y Víktor.

Lilia Mykolayiv es abogada en ejercicio y se licenció en Derecho en la Universidad Complutense de Madrid; estudió también en España secundaria y bachillerato. Tiene 26 años y vino a nuestro país hace ya

13 para reunirse con sus padres, emigrantes por razones exclusivamente económicas, que habían llegado dos años antes. Se siente integrada, aunque su corazón está dividido entre Oriente y Occidente: «Ese sentimiento ucraniano creo que nunca va a desaparecer, aunque al mismo tiempo sé que yo no soy la ucraniana que vino, sino otra bien distinta porque no me puedo comparar, incluso, con mi propia familia que todavía sigue viviendo en Ucrania, aunque, al mismo tiempo, tampoco me siento española por completo». Un sentimiento, sin embargo, que no es contradictorio con su percepción de chica integrada en la sociedad española, con numerosas relaciones con españoles de ambos sexos: «Quizás el problema de la emigración es justamente este. Que abandonas tus raíces para no acabar nunca de sentirte totalmente del país de acogida, España en mi caso».

Lilia Horan, 22 años, llegó también a España siguiendo a su familia. Primero abrió paso su madre, por razones económicas y, tres años después, se trajo a su hija primero y, al año, a su marido. La joven ya lleva entre nosotros diez años. Le gusta tanto España como Ucrania y se siente también perfectamente integrada entre nosotros, aunque tiene un sentimiento muy fuerte de choque y de división: «Me gustaría unir los dos países porque, al menos para mí, es imposible no sentir esa división íntima de afectos entre los dos». Hizo bachillerato y después un grado superior de Administración de Empresas, aunque en estos momentos de crisis es una joven más que integra las listas del paro en España. Le gustaría poder independizarse, compartiendo piso con otros jóvenes como ella, pero sigue viviendo con sus padres, que trabajan los dos.

Elena Lacusta, profesora de matemáticas, lleva poco más de tres años en España y, como en la mayor parte de los casos, también se marchó de su país por razones económicas. Se encuentra razonablemente acomodada en este país, aunque le resulta muy difícil encontrar trabajo como docente. Entre tanto, a sus 30 años, cuida niños y da alguna que otra clase de matemáticas y de ruso.

Gala, 31 años, es licenciada en Administración de Empresas por una universidad ucraniana, aunque ya ha convalidado sus estudios en España. Aún así, no encuentra trabajo en su sector a pesar de que viene con una amplia experiencia bajo el brazo acumulada en su país de origen. Además de ucraniano y ruso habla un español perfecto y está estudiando inglés en la Escuela Oficial de Idiomas. Es, sin embargo, otra más de las chicas y chicos afectados por la profunda crisis económica y la recesión que hemos vivido en España desde 2007, justo el año que su madre emigró, atraída por las noticias positivas que le llegaban de sus paisanos que ya llevaban aquí unos años. Gala, también movida inicialmente por razones económicas,

siguió el ejemplo de su madre, dos años después.

Víktor(es solo un alias, no el verdadero nombre de nuestro interlocutor), es mitad moldavo, y la otra mitad ucraniano porque, aunque nació en la República de Moldavia, sus abuelos maternos son de Ucrania. Pasó gran parte de su infancia por aquella tierra y recuerda con cariño aquella época: «Fue la mejor de mi vida, con diferencia. Tengo 29 años, hace como 12 años llegué a España. Mi sueño era tener estudios europeos. Ahora trabajo en una empresa relacionada con la informática y acabo de terminar un módulo de segundo grado de Informática».

La visión de Víktor, tras la caída del Régimen Soviético, puede ser un buen punto de partida para ilustrar los antecedentes del conflicto ucraniano. La situación, seguro que pueden suscribirla muchos otros ciudadanos de las antiguas repúblicas integrantes de la URSS: «Todo se había vuelto un caos. ¡De repente toda la gente se vio en la ruina. No había trabajo, todas las fábricas habían parado! Todos estaban cansados del régimen...». Víktor se refiere a que, para ascender en el trabajo, había que hacerse miembro del partido, a que no había libertad de reunión y que no se podía expresar libremente la opinión sin ser detenido... «Todos querían democracia —continúa diciendo el moldavo-ucraniano—, pero nadie sabía cómo implementarla. La mayoría quería libertad, pero ¿libertad hasta donde? En estas condiciones, los más espabilados (sobre todo antiguos miembros del partido) se hicieron con el control de las grandes fábricas, las privatizaron y se volvieron superricos. Y los demás quedaron en la pobreza absoluta. Pero no eran pocos los que tenían ambiciones de dinero y de poder... Floreció la corrupción..., apareció el crimen organizado. Secuestros, robos, asesinatos casi todos los días. Materia prima para bandas criminales había de sobra. Y, entre tanto, miles de jóvenes de 20 años volvían del servicio militar y se encontraban con que no tenían trabajo, pero veían a los «nuevos ricos» desfilando en BMW y Mercedes traídos de Alemania y protegidos por guardaespaldas. ¡Empezó una lucha despiadada de todos contra todos! Todo se podía comprar y todos se vendían: profesores, médicos, militares, policías, jueces. Solo había que poner un precio. Y si no llegaba el dinero, se recurría a la fuerza. Tanto, que para tener un negocio necesitabas estar protegido por alguna banda. Normalmente cada una tenía su zona pero muchas veces surgían conflictos de intereses y entonces... ¡sálvese quien pueda!»

La otra cara de esa moneda eslava la pone el profesor Joaquín González, recurriendo a la historia y a la literatura, que es tanto como aludir al alma rusa: «Hay ciertos tics rusos que tienden a la autoafirmación, comenta, y que incluso pueden desembocar en el tópico imperialismo ruso. Si recuerdas la parte final de *Guerra y paz* ,

la inmensa obra universal de León Tolstoi, cuando se quema Moscú, Bezukhov, el general en jefe, afirma que no hay que perseguir a los franceses («al enemigo que huye, puente de plata») y, sin embargo, el zar dice que tenemos que machacarlos, acabar con ellos. Bezukhovrepresenta esa cara del espíritu ruso que dice que hemos preservado a la madre patria, vamos a reforzarla, pero no nos creemos problemas adicionales que nos debiliten… Yo creo que Putines también un verdadero prototipo ruso, un teniente del KGB en Berlín en la época en que la Guerra Fría estaba dando sus últimos estertores, que ve como un presidente borracho, como era Boris Yeltsin, da diez pasos atrás en la historia rusa (los rusos están acostumbrados al maltrato, al sufrimiento, hasta el punto de constituir para ellos un fenómeno casi natural, apostilla el profesor). Putin, pues, trata de volver a retomar ese prestigio fallido en la era Yeltsin (fíjate que la CIA, en el periodo que va entre el 91 y el 98 señala a Rusia como un estado cleptocrático, un estado que se roba a sí mismo), prestigio que se constituye en una verdadera prioridad para el nacionalismo ruso, que contempla la etapa Yeltsin como una época de infamia».

Gala, que tiene un buen número de amigas rusas en España, percibe que a ellas tampoco les gusta Putin en absoluto, pero que no pueden hacer nada para cambiarlo. Y, según le transmiten, también en Rusia piensan que «la corrupción está tan extendida, que es mejor que sigan los que están para evitar que otros nuevos vengan a esquilmar aún más a los ciudadanos», para concluir que «aunque estos, los ciudadanos, o buena parte de ellos, están incómodos con la situación, nadie se atreve a salir a la calle a protestar, como hicieron los ucranianos en el Maidán, en Kiev, porque las consecuencias pueden ser mucho peores para ellos».

Ignacio García Sánchez, desde unas atalayas privilegiadas, la del CESEDEN (Centro Español de Estudios para la Defensa Nacional) y el IEE (Instituto Español de Estudios Estratégicos), y después de haber estado en misión de servicio en tierras ucranianas durante varios meses, se atreve a afirmar que «todos los conflictos, todas las crisis, tienen unas raíces muy profundas. Inventarse un conflicto de la noche a la mañana es muy difícil. Puede intentarse, puede existir una voluntad de manipulación de la conciencia social, generalmente a través de los medios de comunicación, pero todo esto suele terminar como flores de un día». Para García Sánchez, si estas diferencias no tienen una raíz profunda, estos temas se desinflan del mismo modo que se crearon. El conflicto de Ucrania, para el militar, desde luego no es de este último tipo, sino que tiene unas raíces muy claras, vinculadas a su historia, a la historia de Europa y a la de Rusia. Para el experto español, «la formación del imperio soviético, su caída, la cesión de Crimea a Ucrania por parte de Kruschev en la década de los

50 del siglo xx , están en la raíz de este conflicto. Es indudable que en Ucrania hay un alma dividida: mitad rusa, mitad europea, que se manifiesta a lo largo de la historia del país, de sus muchas relaciones culturales… Ahora entran en el escenario los políticos, ¿qué ocurre con ellos? La estructura política puede actuar de dos formas: dar canales de salida a esa situación de enfrentamiento cultural e histórico, para intentar mejorar, flexibilizar, atenuar esas diferencias y, al mismo tiempo, explotar los puntos de encuentro entre ambas facciones del país. La otra opción es enconarlos. Y es el camino que, según muchos analistas internacionales del conflicto, han iniciado los políticos ucranianos. Son ellos quienes más posibilidades tienen, a través de los medios, de excitar las conciencias. Es a ellos, a los políticos, a quienes corresponde la búsqueda de fórmulas que acaben con el conflicto y que beneficien a toda la población ucraniana, de uno u otro lado», termina afirmando García.

«Las diferencias entre la población ucraniana del este y del oeste son evidentes —continúa García Sánchez—. Lo que hay que hacer es intentar canalizar esas diferencias, esos sentimientos profundos que muchas veces se enconan y pueden llegar a producir crisis de mayor envergadura, como la que está viviendo Ucrania en estos meses de 2014».

Por el contrario, Serhii Ivanov, está convencido de que la invasión de Crimea es solo una excusa alimentada por Putin, que no hay ninguna división entre unas zonas y otras de Ucrania. Solamente «hay gente que tiene diferentes opiniones sobre el futuro desarrollo del país y la intromisión rusa en los asuntos internos de Ucrania no es más que un intento de separarnos», y matiza después que «creo que la mayor parte de la población está unida como nunca antes lo había estado. Claro está, que algunos poderosos clanes mafiosos han perdido sus poderes y negocios. Algunos de ellos están claramente vinculados a Putin, que no ve con ningún agrado como su país está perdiendo el control casi total en Ucrania».

Gala incide en esa separación entre los políticos y la gente de a pie: «Hablo con mis familiares de Ucrania y me presentan una imagen totalmente distinta de la que se presenta aquí en los medios. El marido de una de mis tías es agente de la policía secreta de Ucrania. Tienen dos hijos pequeños de tres y cinco años y hace ya tiempo que ha pedido a su esposa que coja a los pequeños y se vayan de Donetsk, que es la ciudad donde viven. La situación, de verdad, es crítica y ya está afectando a la población normal y corriente, aunque este conflicto no está originado, a mi entender, por los ciudadanos de a pie, sino por la clase política. Cada vez veo más cerca y con verdadero pavor la posibilidad de una guerra civil, aunque nadie la quiera».

Lilia Horan, la más joven del grupo, ve claro que «cuando salió la

gente a la calle en noviembre de 2013, no lo hizo en defensa de un acercamiento mayor a Europa, sino que salió en contra de Yanukóvich, cansada de tanta corrupción y tanto engaño. El presidente proclamaba, hasta un día antes de resultar elegido, que sí, que se firmaría un acuerdo con Europa, y esa no fue más que una más de sus mentiras y del gobierno que presidía». Es su visión en la vertiente política respecto a los momentos previos a la invasión rusa de Crimea. Horan también piensa que ese posible acercamiento económico de Ucrania a la UE no es el núcleo fundamental que desencadenó la tensión: «Hay gente en Ucrania que piensa que hay que incrementar más las relaciones económicas con Rusia, que con la Unión Europea, es cierto, pero incluso esta otra gente también estaba en contra de Yanukóvich. Creo que tuvo la virtud de unir en su contra a todo el pueblo ucraniano que, nada más derrocarle, pudo comprobar que sus esfuerzos habían estado fundamentalmente dirigidos a conseguir su beneficio personal; todo el mundo pudo ver lo que había robado cuando la población accedió a su mansión de verano…».

Mykolayiv, la otra Lilia, ahonda aún más en esa misma idea y cree que «el origen de las protestas no fue, ni mucho menos, la no firma de un acuerdo con Europa, aún siendo esta una aspiración muy extendida para nosotros, porque queremos una sociedad más moderna; o un acuerdo con Rusia, unos vecinos a los que respetamos y con quienes tenemos tantos y tantos vínculos históricos, económicos o de lengua. Yo misma, que soy de Kiev, estudié en ruso hasta venirme a España y sé valorar la importancia del inglés o del ruso en el mundo».

Y continúa diciendo la abogada, «pero, con todo, lo que quiero enfatizar es que el acuerdo con Europa no es el asunto nuclear de las protestas, sino las múltiples cuestiones que se habían ido acumulando en contra del presidente… La gente estaba muy descontenta porque, después de cuatro años de gobierno de Yúshchenko, la decepción política de los ciudadanos se había generalizado. Después de unas elecciones no totalmente limpias, le sucede Yanukóvichcon quien las cosas tampoco cambiaron nada…».

Y termina subrayando un hecho del que hemos tenido noticia por todas las partes a las que nos hemos acercado: la corrupción. «No sé si conoce la mentalidad ucraniana, hoy todavía totalmente extendida —comenta Mykolayiv—. Basta con darse una vuelta por cualquier ciudad de mi país, para darse cuenta de que no exagero ni un milímetro. La corrupción está generalizada y a todos los niveles. Por ejemplo, si vas a un hospital público para hacerte una prueba, si no das antes 10 €, no te la podrás hacer. Si estás estudiando, no vas a aprobar si no das 50 € al profesor. Así, en todas y cada una de las manifestaciones cotidianas de la vida de todos los ucranianos».

Elena Lacusta por su parte, no considera que hubiera sido necesario

el movimiento Maidán, principalmente por las consecuencias que ha traído (piensa especialmente en los cientos de muertos que han dejado los enfrentamientos entre las diversas facciones prorrusas y ucranianas en el este del país), pero, en cualquier caso considera que «el movimiento Euromaidán empezó una nueva etapa en la historia de mi país. No puedo decir si fue para bien o para mal. Solo puedo juzgar por las consecuencias que hemos podido ver y que son muy negativas, ya que estamos al borde de una guerra civil. Aunque nos pueda faltar la perspectiva histórica, nuestros descendientes podrán analizar el fenómeno de Maidán y si fue o no necesario».

La cuestión para Elena es que, después de casi un año, se ha desinflado mucho aquella exaltación que podía verse en muchas personas y piensa que hay muchos que dicen que quizás hubiera sido mucho mejor esperar a que hubieran llegado las elecciones legítimas, para haber podido elegir un nuevo presidente de forma pacífica. Pero es difícil pronosticar qué habría sido si no hubiera habido Maidán.

Lilia Mykolayiv está convencida de que la corrupción a gran y pequeña escala es la base principal del descontento generalizado de la sociedad en Ucrania: «El sistema te acostumbra a unos determinados comportamientos que, aunque no los compartas, te hacen muy difícil poder vivir de otra forma. Cuando un profesor te pide dinero para complementar su salario oficial (por supuesto, mucho menor que en España), está haciendo al alumno corresponsable de su mala situación económica. Y este, como lo que busca es aprobar, no puede negarse porque se cierra su propio futuro. Por todo esto es por lo que pedimos claramente un cambio radical del sistema y no solo un cambio de actores, de personajes dirigentes».

II

RESURGE EL IMPERIO RUSO

Ryszard Kapuscinski (1932-2007), el periodista y escritor polaco más influyente de la segunda mitad del siglo pasado y, como consecuencia lógica de ello, admirado por muchos y denostado por algunos, dedicó todo un libro, *El imperio* (Ed. Anagrama. Barcelona 2002), a describir la situación de colapso de un imperio, el ruso, que acababa de desmoronarse pero que, al mismo tiempo, albergaba también en su seno la potencia, la historia y la energía suficientes para poder renacer en cualquier momento. Acaso ese momento ya ha llegado y un líder surgido democráticamente, Vladímir Putin, esté dando los primeros pasos para recomponer un puzle que Rusia nunca se ha resignado a perder tras la extinción de la antigua Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

El imperio recoge las impresiones del autor después de haber recorrido varias veces y a lo largo de muchos años, el vastísimo territorio soviético y de haber hablado con centenares de personajes de toda edad, formación y condición, y puede ser un perfecto segundo punto de partida para comenzar a adentrarnos en la compleja realidad rusa y ucraniana.

El libro de Kapuscinski está dividido en tres grandes apartados. En el primero, «Primeros encuentros», relata las impresiones de sus viajes por Rusia, Siberia y Asia Central entre 1939 y 1967. En el segundo, « A vista de pájaro», narra sus largos viajes efectuados entre 1989 y 1991, «en los años del declive y definitivo desmoronamiento», que le llevaron desde Brest (frontera con Polonia) hasta Magadán (en el Pacífico), y desde Vorkutá (Círculo Polar) hasta Termez (en la frontera afgana), habiendo recorrido un total de sesenta mil kilómetros. Por último, «Suma y sigue» , el tercero de los apartados, recoge las notas surgidas tras susexperiencias en 1992 y 1993.

Especialmente acertada y lúcida nos resulta una cita que Kapuscinski utiliza en *El imperio* , referida al escritor ruso Yuri Bórev, extraída de su libro *Staliniada,* en la que este —citamos textualmente —, a través de una metáfora, compara la historia de la URSS con un tren en marcha: «El tren se dirige hacia un futuro luminoso; lo conduce Lenin. De pronto, stop, se han acabado las vías. Leninapela a la gente pidiendo que trabajen horas extras los sábados, se colocan más vías y el tren puede continuar el viaje. Después se pone a conducirlo Stalin y también se acaban las vías. Stalin manda fusilar a la mitad de los revisores y los pasajeros y obliga a los demás a colocar vías nuevas. El tren se pone en marcha. Kruschevsustituye a Stalin. Cuando se acaban las vías, ordena desmontar las que el tren ha dejado atrás y colocarlas delante de la locomotora. Kruscheves sustituido por

Brézhnev. Cuando vuelven a acabarse las vías, Brézhnev dispone que se corran las cortinas de las ventanillas y que se balanceen los vagones, de tal manera que los pasajeros crean que el tren continúa en marcha. Y así llegamos a la época de los tres entierros: de Brézhnev, de Andrópov y de Chernenko, en la que los pasajeros ni siquiera tienen ya la ilusión de que van a alguna parte. Pero hete aquí que en 1985 el tren vuelve a arrancar en el que será su último viaje. Durará seis años y medio. En esta ocasión el maquinista se llama Gorbachov y la locomotora lleva pintados dos lemas: *glasnov* y *perestroika* » *(El imperio. P* ág. *328)* .

Siguiendo con la afortunada metáfora de Bórev, nosotros añadimos que el papel desempeñado por los sucesores de Gorbachov como maquinistas del tren ruso de la historia ha sido muy distinta en los últimos años del siglo xx y primeros del xxi . La etapa Boris Yeltsin (1992-1999), potenció la cantidad y variedad de bebidas almacenadas en los vagones restaurante, mientras que en los dos periodos de Vladímir Putin (2000-2008 y el actual), el país recuperó su estatus de gran potencia y tanto los trenes como las vías por las que discurren están en perfecto estado para llevar al pueblo ruso al camino marcado por su presidente.

Pilar Bonet, corresponsal del diario español *El País* titulaba su crónica del 10 de agosto de 2014 «Putin, una apuesta peligrosa» (http://internacional.elpais.com/internacional/2014/08/08/ actualidad/1407513223_767422.html), abundando en esta misma idea de que el presidente anda configurando una resurrección del viejo imperio ruso sin saber muy bien las consecuencias que puede acarrear. Bonet escribía que «Crimea fue una tentación irresistible para Putin, que encargó encuestas sobre la eventual reacción de sus conciudadanos ante la incorporación de la península a Rusia ya antes de que en Kiev el presidente, Víktor Yanukóvich, dejara a Ucrania a la deriva. Los sondeos indicaron que los rusos apoyaban la idea y el presidente se fue animando para acabar fundiéndose, tras la huida de Yanukóvich, en una alucinación colectiva con su pueblo». «Putin sintió que Rusia se cohesionaba, que afirmaba su soberanía, que era recorrida por una oleada de patriotismo. No fue solo ambición o pretensión de querer pasar a la historia. Fue algo mucho más profundo. El deseo de recuperar un escenario heroico de la historia rusa se impuso al derecho internacional y también al cálculo racional sobre las secuelas del gesto, que el politólogo Glev Pavlovsky califica como fruto de la “improvisación”».

El tercer actor presente en el conflicto de Ucrania, la Unión Europea, no parece estar en el mejor momento de su historia y, si nunca ha tenido bien definida su política exterior conjunta, la ampliación a la Europa de los 28 y su inmersión, durante estos últimos

años, en la resolución de su propia crisis económica, no la colocan en el escenario más apropiado para enfrentarse a un Putin que se ha ido creciendo con el paso de los meses, desde finales de 2013 (comienzo de las manifestaciones de Euromaidán) hasta finales de 2014.

En todo caso, y aunque no sabemos la deriva final que podría tener el conflicto de Ucrania, las consecuencias inmediatas han sido evidentes: al final, en Crimea, Putinha impuesto la política rusa de hechos consumados que inició en el mes de marzo al utilizar el pretexto de la protección de las minorías rusas; posteriormente, acusa de desestabilización e ilegitimidad a las autoridades de Kiev y termina desplegando tropas que, de hecho, ya estaban sobre el terreno, pero cuidándose muy mucho de que no ostenten distintivos nacionales, para crear la duda en todo el mundo de si se trata de fuerzas rusas o milicias de la zona de Crimea. Toda la península es ocupada sin resistencia en apenas dos días. La jugada del maestro ruso supone también una trampa para Kiev. Cualquier intento por recuperar la península por la fuerza será una excusa (no lo olvidemos, Putin fue agente de la vieja KGB, el servicio de inteligencia de la extinta Unión Soviética), para una intervención militar rusa de mucho mayor calado, como ya había ocurrido en 2008, en Georgia. Entonces, Putin dejó muy claro que la línea roja para la UE y la OTAN era especialmente Georgia y Ucrania. Con su actitud en Crimea, Putinha reiterado que su postura no se ha modificado ni un milímetro durante estos seis años.

Miguel Ángel Ballesteros Martín, general y director del IEEE,apuntaba también en«La importancia de los líderes en la crisis de Ucrania», (Boletín del IEEE, Documento de Análisis 38, de 22 de julio de 2014, http://www.ieee.es/contenido/noticias/2014/07/DIEEEA38-2014.html), esa misma debilidad al referirse a la Unión Europea que « ha dejado las relaciones internacionales relegadas a un segundo plano. Incapaz de definir una posición única, presenta un liderazgo internacional muy débil. Los europeos manifiestan una gran diversidad de sensibilidades, frente a una Rusia cohesionada, que unos países perciben como una amenaza, mientras que los otros la ven como un suministrador energético».

No es exagerada la afirmación del general Ballesteros porque la Unión Europea necesitó que se produjera el gravísimo siniestro del avión comercial de Malaysia Airlines, en julio de 2014, que se estrelló con 298 personas a bordo en el este de Ucrania sin que hubiera ningún superviviente, en la zona controlada por separatistas prorrusos, para dar una respuesta a Moscú, teniendo en cuenta que, varias semanas después, Rusia continuaba transfiriendo armas a esos rebeldes.

Las sanciones, en represalia por el papel que juega el Kremlin en el conflicto del este de Ucrania, estaban dirigidas contra sus industrias

petrolífera, militar, de producción de bienes de doble uso (civil y militar) y de alta tecnología.

Era la primera vez que la UE podía llegar a un consenso para establecer sanciones económicas a Moscú, conocidas como «de fase tres», que incluían restricciones financieras y un embargo de armas.

Las medidas se acordaban tras la conversación del presidente de EUA, Obama, con los presidentes europeos Merkel, Hollande, Cameron y Renzi, ya que hasta ese momento se habían centrado en la cancelación de reuniones bilaterales, la suspensión de cooperación en determinadas áreas y la congelación de activos y prohibición de visados para personas y entidades consideradas responsables de la desestabilización del este de Ucrania.

La respuesta de Rusia a las sanciones fue inmediata: un día después de que Estados Unidos y Europa Occidental adoptasen estas medidas, Putin restringía las importaciones agroalimentarias de los países que sancionaron a Rusia, prohibiendo o limitando por un año la compra de determinados productos, incluidos los agrícolas y ganaderos.

En la misma crónica para su periódico, Pilar Bonetsubrayaba que el presidente ruso es la pieza clave por quien pasan todos los caminos de resolución del conflicto: *«* Desde el punto de vista occidental, tres episodios marcan la escalada de la tensión: la anexión de Crimea, consumada en marzo; la desestabilización del este y el sur de Ucrania y, especialmente, de las regiones de Donetsk y Lugansk, acelerada a partir de abril, y el siniestro del Boeing MH17, de Malaysia Airlines, que provocóque murieran las298 personas que iban a bordo el 17 de julio. Los problemas aparejados a estos sucesos no pueden resolverse por separado y para desentrañarlos faltan hasta ahora estrategias y árbitros».

También, para el general Ballesteros**,** el liderazgo de Putin es clave en el desarrollo de este conflicto al haber sabido aprovechar la crisis de Crimea «para cohesionar a los rusos en torno a su liderazgo, logrando el apoyo del 80 %, cuando en marzo de 2012 había sido elegido presidente con el 63,6 % de los votos».

En efecto, el liderazgo de Putin no es casual ni improvisado porque ya en 2007 la revista *Time* elegía al Presidente ruso como Personaje del Año. Entre los motivos que esgrimía destacaba su fuerte liderazgo al conducir un país en medio del caos llevándolo a la estabilidad. El director de la revista, Richard Stengel, explicaba en un artículo que «Putin es un líder que apuesta por la estabilidad antes que por la libertad» (Revista *Time* . 19 diciembre de 2007).

El hecho es que un verdadero líder, como es Vladímir Putin, se juega mucho en el conflicto de Crimea, que él mismo ha iniciado como fórmula casi mágica de ganar apoyo popular en su país, al tiempo que echa más madera al fuego para avivar el viejo

nacionalismo del imperio ruso. Y todo eso echando un pulso a Occidente (Estados Unidos y la Unión Europea) en el tablero de Ucrania. Pero, ¿ha medido bien sus fuerzas y, sobre todo, sus apoyos internacionales a la hora de plantear ese reto a Occidente? Los observadores internacionales creen que sí. Solo un ejemplo tan ilustrativo como el del catedrático de Estudios Europeos en la Universidad de Oxford, Timothy Garton («Habrá más Ucranias», *El País,* 22 de abril de 2014, http://elpais.com/elpais/2014/04/17/opinion/1397725900_386547.html), que afirma que Vladímir Putintiene más admiradores de loque cabría imaginar entre varias potencias emergentes que no olvidan el colonialismo: «Occidente topa con el resentimiento de Moscú por la pérdida de su imperio», para añadir a renglón seguido que «cuando hablo de admiradores, no me refiero solo a los Gobiernos de Venezuela y Siria, dos de sus partidarios más conocidos. El hombre fuerte de Rusia cuenta con el apoyo tácito e incluso ciertos aplausos discretos de varias de las principales potencias emergentes del mundo, empezando por China e India». Para acabar concluyendo que «a medida que nos adentremos en el siglo XXI , habrá más Ucranias».

Otro analista habitual de la política internacional y especialmente de los países eslavos,José Ignacio Torreblanca («El espejo ruso se ha roto», en *El País* , 8 de agosto de 2014 http://elpais.com/elpais/2014/08/05/opinion/1407242954_398792.html), incide también de forma explícita en la gran apuesta que se está decidiendo en el tablero de Crimea, ya que «Putin ha ligado su destino al de Ucrania, no pudiéndose permitir perder la pieza clave de su proyecto euroasiático. Así, ha quedado encerrado en un callejón donde no puede avanzar ni retroceder; si avanza más, entrará en una confrontación económica con Occidente que debilitará a su petro-Estado, empobrecerá a los oligarcas e irritará a la opinión pública; si retrocede y deja abandonados a sus acólitos del este de Ucrania, será criticado por haber vendido cobardemente el alma y la identidad rusa a cambio de unas pocas monedas. Vaya a donde vaya, lo que está claro es que un líder que ha construido toda su carrera política sobre el deseo de vengar las humillaciones sufridas por Rusia, no permitirá acabar humillado».

En definitiva, que buena parte de los analistas de política y geoestrategia internacional, colocan a Putin en una posición ventajosa y beligerante en el actual tablero de intereses políticos de Europa del Este. Su paso dado en Crimea le obliga, en cierto modo, a mantenerse firme a la hora de modificar el *status quo* que la península ha tenido hasta marzo de 2014, para situarla en una zona de mayor dependencia rusa, ya sea como república independiente o como región asociada a Rusia y no a Ucrania, como ha venido estando por mor de la voluntad

de un ruso, Nikita Kruschev, que cedió Crimea a Ucrania en 1954. Al mismo tiempo, si Putin quiere reducir la tensión con Occidente está obligado a negociar una fórmula que permita convivir la legalidad internacional con sus propósitos de un mayor control de la zona que, desde luego, no termina con la toma de Crimea, sino con abortar el propósito ucraniano de acercamiento a la Unión Europea.

A debate: Las viejas glorias

El afán de Vladímir Putin por situar a Rusia en el lugar de la historia que, a su juicio, merece la Federación Rusa, no parece tampoco tener duda alguna entre nuestros expertos académicos, militares o simples ciudadanos. Ese, por ejemplo, es el caso de Joaquín González, para quien «Putin recoge en parte ese afán imperialista ruso por el cual, a través de una tradición nefasta que viene a decir que allí donde existan referencias étnicas y culturales rusas, hay que llevar la asistencia y la protección. Da igual el derecho internacional, lo que importa es la historia y la tradición, y ese acervo hay que preservarlo».

Gonzálezequipara ese discurso al de Milosevic o al de Hitler cuando toma los Sudetes en febrero de 1939. «Pero Putinno es tonto —añade el profesor—, y tiene un gran sentido práctico de la política. Y sabe que los miles de crimeos le pueden generar un espacio de incomodidad muy fuerte en las relaciones internacionales, reforzado además por las presiones que pueda recibir por parte de aquellas personas con cuentas congeladas, con pasaportes retirados, etc., que deben estar presionando para que se armonice la intervención rusa».

Lilia Horan se muestra taxativa y cree que «Putin está intentando revivir la URSS, buscando la reunificación, más que por interés económico, para aumentar su potencial militar y así poder presionar a todo el mundo».

Igual de contundente aparece Elena Lacusta, para quien, «como Putinquiere evitar, por un lado, que Ucrania se aproxime a Europa y, por otro, evitar también la pérdida de influencia de Rusia en el ámbito internacional, creo que hará todo lo posible para unir los territorios del este de Ucrania, incluso podría propiciar la formación de un nuevo país (Nueva Rusia) que, por supuesto, estaría bajo su control».

Ignacio García Sánchez quiere, por su parte, aportar un granito de cordura y optimismo que permita atisbar una salida a la situación: «Las sanciones económicas tanto europeas como estadounidenses —afirma—, no producirán un efecto inmediato, pero sí a medio y largo plazo y Putinno puede permitirse el lujo de andarse con muchos fuegos de artificio porque la situación económica interna de Rusia no está precisamente para tirar cohetes. Si llegase a abandonar el sistema internacional de libre comercio, esa situación podría hacerle mucho daño a su país. Precisamente por eso, el presidente ruso se está dando cuenta y, poco a poco, tendrá que ir suavizando su postura radical

inicial en el conflicto de Crimea».

Para Gala, «un país tiene que aprender a arreglar las cosas por sí mismo. Es verdad que la irrupción de Putin en el conflicto lo ha agravado, por un lado, y adulterado por otro». Y añade que «hay muchos analistas políticos internacionales que ven en esta postura rusa un nuevo afán de Putinpor volver a resurgir las viejas glorias soviéticas. No sé si esto es verdad o no, pero da toda la impresión de que puede ser así…».

Serhii Ivanov se muestra aún más lacónico, drástico y contundente que su compatriota del Este al afirmar que «Putin ya se ha anexado Crimea y creo que puede llegar mucho más lejos. Si uno se da una vuelta por las redes sociales, puede comprobar que hay una rabia creciente entre la gente prorrusa que ahora entiende perfectamente quién es realmente Putin. Antes era un fuerte y respetuoso líder, pero ahora se ha quitado la careta para aparecer como un verdadero traidor y dictador».

«En Teoría del Estado —Joaquín González quiere volver a transitar por los caminos de la cordura y la racionalidad al analizar la situación —, en los países que se denominan democráticos es más importante la legitimidad de ejercicio que la de origen. Vamos, que no basta con que te voten, sino que con tu ejercicio del poder debes demostrar que hay un sitio para los contrapoderes (poder legislativo, poder judicial, prensa, etc.). Hay un libro muy bueno de Ribau, *Weimar entre nosotros* , que es perfectamente aplicable a Putin. Él, como otros líderes políticos en otras zonas del mundo, o en otros momentos de la historia, es de los que ha utilizado el poder para desmantelar los controles internos y los contrapesos, para hacer extensivo su propio poder y hacerlo omnímodo».

El ejercicio democrático tiene mucho que ver con los principios y con los métodos de ejercicio del poder, prosigue González: «¿Te imaginas que en Europa hubiera podido pasar algo parecido a lo que sucedió en Chechenia, que acabó por segar la vida de más de 300 niños? Es, pues, muy interesante conocer qué es Rusia, y sobre esa premisa analizar lo que está haciendo hoy Putin».

González se muestra tajante al comparar situaciones paralelas en el tiempo, y no tanto en las consecuencias, al dirigir su mirada a Oriente Medio, en donde otro conflicto, el sirio, lleva ya años segando la vida de decenas de miles de ciudadanos: «Aún así, es mucho peor lo que están haciendo en Siria tanto Rusia como China, porque se trata de un genocidio en tiempo real y a cámara lenta… Pero, hay que estar atentos porque la sintonía que suena en Siria puede ser la misma que la que se oye en Ucrania. Europa no quiere darse cuenta de que esto es así. Ucrania es suelo europeo… Aquí hay, además, elementos irracionales, como en el bosque de Katyn, que ahora se está utilizando

bastante para tratar de explicar el papel de Rusia en la historia de Ucrania. Esos elementos irracionales se destapan con el objeto de evitar que haya política, una actividad imprescindible en cualquier sociedad».

Por último, Víktor, moldavo de nacionalidad, pero como ya se ha dicho, ucraniano, al menos en parte por su origen, piensa que los medios de comunicación han vendido la situación que hoy vive Ucrania, y más en concreto Crimea, «como una invasión». Y añade, no sin cierta ironía, que «O bama no invade y muere un montón de gente (Libia, Siria) y Putin invade pero no muere nadie. ¡Qué paradoja! ¿No le parece que el Premio Nobel de la Paz se lo dieron al personaje equivocado?... Bromas aparte, Putinengancha, da confianza, llega a la gente. Como dijo una amiga mía, "la verdad es que como político no tiene rival ahora mismo en Rusia"» .

III

¿CRIMEA ES UCRANIANA, RUSA O, SENCILLAMENTE, CRIMEA?

¿ La anexión *de facto* de Crimea a Rusia ha sido la consecuencia lógica de una provocación de las autoridades de Kiev a Moscú por sus veleidades europeístas?, ¿ha sido más bien una reacción lógica ante un hecho extemporáneo como el de la cesión de 1954 de Nikita Kruschev a Ucrania?, ¿o, por último, una salida de Putinpara exacerbar el nacionalismo ruso y, de paso, reforzar su liderazgo interno, por un lado, y recobrar un estatus en el panorama internacional que Rusia no había vuelto a tener desde la década de los 90, tras el desmembramiento de la URSS, por otro? A todas estas preguntas trataremos de responder en las líneas que siguen.

Crimea es ahora jurídicamente ucraniana y, *de facto* , rusa y, aunque ya pertenece a otro país, la Federación Rusa, el no reconocimiento de esa anexión por la mayor parte de la comunidad internacional deja ese territorio en una especie de limbo a nivel internacional y, por lo tanto, mientras no se modifique esta situación, su aislamiento económico y político, hará prácticamente imposible que los inversores internacionales acudan allí porque las posibles oportunidades de negocio están sujetas a tal inseguridad jurídica que nadie, en su sano juicio, querrá arriesgar su dinero. Dicho de otro modo, «habrá que ver si hay empresas extranjeras que se atrevan a invertir allí». Esta es una de las conclusiones más claras de un extenso y documentado estudio que ha publicado recientemente Pilar Requena («Ucrania: la encrucijada de su historia», boletín del IEEE, nº 85bis/2014, del 2 de agosto de 2014, http://www.ieee.es/contenido/noticias/2014/08/DIEEEO85bis-2014.html) y cuyos extremos más importantes recogemos a continuación entrecomillando alguno de sus párrafos más ilustrativos.

La península de Crimea tiene algo más de 26.000 km2 y unos dos millones de habitantes. Está situada en la costa norte del Mar Negro y siempre le han unido a Rusia fuertes lazos históricos, económicos, militares y culturales. Hoy, además, Crimea tiene una importancia estratégica extraordinaria para Rusia. En Crimea viven un 60 % de rusos, que comparten la tierra con un 24 % de ucranianos y un 12 % de tártaros, aunque la mezcla de sangre entre los crimeos es un hecho incuestionable porque, a lo largo de su historia, por allí han pasado también griegos, mongoles, armenios, otomanos o búlgaros, entre otros pueblos.

Poblada desde el siglo XIV por tártaros, fue conquistada por los rusos en el XVIII y pasó a ser república autónoma soviética dentro de Rusia,

en 1921.

Cuando estaba a punto de finalizar la II Guerra Mundial, fue también en Crimea, en Yalta, donde se firmó el tratado del mismo nombre entre el presidente norteamericano, Franklin Roosevelt, el primer ministro británico, Winston Churchill, y el líder soviético, Joseph Stalin, cuyos acuerdos fueron de tal importancia que delimitaron las fronteras del continente en los años siguientes.

En 1954, el líder soviético Nikita Kruschev se la cedió a Ucrania y, a partir de 1991, Crimea pasó a ser república autónoma dentro de la Ucrania independiente.

En marzo de 2014, tras la celebración de un referéndum —sin garantías suficientes y cuyo resultado no fue reconocido por la comunidad internacional—, un 90 % de los votantes aprobó su unión a Rusia y, unos días más tarde, la Federación Rusa se la anexionó formalmente.

Crimea fue para los rusos y luego para los soviéticos sinónimo de lugar de descanso, sobre todo para la nomenclatura del partido comunista. Pero hoy Rusia vincula fundamentalmente la península a la ciudad de Sebastopol, que es la sede de la base naval de la Flota Rusa del Mar Negro desde el siglo XVIII . Según Requena, «se calcula que un cuarto de millón de soldados, marineros y civiles rusos murió defendiendo Sebastopol y están enterrados en los cementerios de la ciudad».

Base de Sebastopol

El 21 de abril de 2010, en Járkov, el presidente ucraniano, Víktor Yanukóvich, y el ruso, Dimitri Medvédev, firmaron un acuerdo, que era continuación del de 1997, en virtud del cual el alquiler ruso de las instalaciones navales en Crimea era ampliado por 25 años más, hasta 2042, con una opción de extenderlo otros cinco años adicionales, hasta 2047.

La base de Sebastopol permite a Rusia el control del Mar Negro y un rápido acceso y presencia naval en el Mediterráneo. Desde su fundación en el siglo xviii , en tiempos de la emperatriz Catalina La Grande, ha sido de gran importancia estratégica para Moscú y los muchos episodios relacionados con la flota y con su historia la han convertido en parte del imaginario nacionalista ruso. Por todo ello, Sebastopol es clave para la seguridad de Rusia, lo que ha quedado patente en varias crisis y conflictos internacionales.

Los campos submarinos de petróleo y gas, que se encuentran en el litoral de la península de Crimea, hacían albergar a Ucrania fundadas esperanzas de una mejora económica y la posibilidad de una menor dependencia de Rusia. Por otra parte, como ya se ha dicho, Crimea ha sido tradicionalmente una zona para la salud y el descanso, por lo tanto, para el turismo. Muchos están convencidos de que el mayor

potencial económico de la región, una vez que la situación vuelva de nuevo a la calma, estaría en el turismo. Según estadísticas oficiales, Crimea es la segunda región rusa en términos de capacidad hotelera.

El 27 de febrero, cinco días después de la huida del presidente ucraniano Víktor Yanukóvich, y la toma del poder por los representantes políticos de Euromaidán, grupos armados sin identificar tomaron el Parlamento de la península Crimea. En realidad se trataba de militares rusos, como luego reconocería Moscú. Inmediatamente después, esos mismos soldados tomarían posiciones por todo el territorio crimeo y acabarían rindiendo las bases del ejército ucraniano. El hombre fuerte en la nueva situación sería Serguei Axionov, por supuesto, con el visto bueno del Kremlin.

En el renovado escenario, un buen número de soldados y oficiales ucranianos se pasó al ejército ruso. Los últimos militares que se mantuvieron fieles a Ucrania recibieron el 24 de marzo la orden de retirada. Las autoridades de la península ofrecieron a los militares ucranianos abandonar su ejército y pasar al servicio de las fuerzas del orden crimeas, y después integrarse en el ejército ruso y en la Flota del Mar Negro; a cambio, mantendrían su graduación militar y recibirían un salario considerablemente más alto que el del ejército ucraniano.

En Simferópol, el 1 de mayo de 2014, los crimeos rusos aprovecharon la manifestación tradicional del Día del Trabajo para transformarla en una marcha llena de patriotismo y de alegría por retornar a la madre patria. Entre los insurrectos, todos estos acontecimientos que han llevado a la península a la situación anterior a 1954, se denominó la Primavera Crimea.

Unos días después de esa manifestación, el presidente ruso, Vladímir Putin, visitó la península por primera vez desde su anexión. Era el 9 de mayo y la excusa buscada por las autoridades rusas fue la de presidir unas exhibiciones aéreas y marítimas con motivo del 69 aniversario del triunfo sobre los nazis y del 70 de la liberación de Sebastopol. El resultado fue un baño de multitudes para el presidente ruso y una reactivación del fervor patriótico para los miles de ucranianos rusos que salieron a la calle a recibirlo. Esa visita, sin embargo, se contempló de manera bien distinta por Ucrania y Occidente, que la vieron como una nueva provocación del líder ruso.

La reacción favorable de buena parte de la población de Crimea ante la anexión rusa se debe a motivos económicos y sociales, ya que una buena parte de los ciudadanos crimeos perciben a la Federación Rusa como una potencia nuclear que le aporta mayor seguridad, y una potencia económica emergente en la que presumiblemente gozarían de mayores salarios y beneficios sociales de los que pueden beneficiarse en una Ucrania en bancarrota.

Los toros desde la barrera

Hay quien ha visto a Occidente (Estados Unidos y, especialmente, la UE) como una especie de colaborador necesario, ya sea por acción o por omisión, para que las cosas hayan llegado hasta aquí en Ucrania. Otros, sin embargo, niegan la mayor. Ese es, por ejemplo, el caso deJosé Ignacio Torreblanca, que apuntaba que « acusar a la UE de incitar una ruptura con Rusia es sencillamente falso. Y menos de conspirar para derrocar a Yanukóvich: fueron los ucranianos quienes hicieron la revolución, ahora como en 2004, frente a un régimen corrupto y, al final, asesino. Rusia no tiene interés en una Ucrania democrática, eso nos ha quedado claro. Si es una víctima lo es de la alianza de Putincon los oligarcas sobre la base de unas materias primas que deberían servir para construir un estado moderno, no una plataforma de poder basada en la nostalgia de unosy el afán de lucro de otros» (« Pobre Rusia, ¿de verdad? Café Steiner», blog de José Ignacio Torreblanca, en *El País* , 25 de abril de 2014).

A quien menos interesa una Crimea como parte integrante de la Federación Rusa es precisamente a Occidente. Otra cosa —ya lo analizaremos con mayor profundidad en un capítulo específico más adelante— es si las sanciones diplomáticas y económicas aprobadas hasta la fecha por Europa y Estados Unidos son suficientes para convencer a Rusia de que debe abandonar sus veleidades neoimperiales o atenerse a consecuencias de mayor calado. Pero, ¿qué consecuencias pueden ser esas si ni la UE, ni la OTAN parecen tener intención alguna de recurrir a la fuerza militar para dirimir el conflicto?

El asunto de Crimea parece esconder más una táctica que la verdadera estrategia rusa, que de forma más profunda y a más largo plazo puede buscar en realidad su reafirmación como potencia política en el nuevo orden internacional surgido tras la desintegración de la URSSS. Desde su reelección en 2012, Putin ha sentado las bases de un conflicto con la UE y Estados Unidos.

Stefan Meister, experto del European Council on Foreign Relations, piensa también que «Putin ya no está dispuesto a llegar a compromisos con Occidente sobre el futuro de Ucrania. Si no puede conseguir una mayor autonomía para las regiones de Ucrania bajo dominio ruso, Moscú destruirá el Estado ucraniano antes que permitir su integración en la UE o en la OTAN. Putin quiere utilizar Ucrania para hacer patente que Rusia ya no aceptará ninguna ampliación de la UE o de la OTAN en el ámbito postsoviético. Rusia ha ofrecido a Occidente un falso dilema: o ustedes aceptan el nuevo orden que dictamos nosotros o destruimos Ucrania» (« El plan de Putin» , *El Mundo* , 21 abril 2014).

Así las cosas, la única opción, tanto para la UE como para Estados

Unidos, es sentarse a la mesa con Rusia y negociar sobre Ucrania.

Mapa de Crimea

A debate: Vecinos y obligados a entenderse

A finales de 2014, las cosas están así de claras y así de duras. Pero, ¿es posible perpetuar la hostilidad en el tiempo?, ¿son los intereses de los estados los que deben prevalecer o habría que escuchar más la voz de los crimeos? Estas y muchas otras preguntas surgen espontáneas para cualquier observador, pero acaso lo mejor sea escuchar a quienes, por una u otra razón, tienen el conflicto más cercano o lo han vivido en primera persona.

Por ejemplo, Víktor, en su doble condición de moldavo por nacionalidad y también ucraniano por sangre, prefiere acudir a la experiencia inmediata de lo que vivió Moldavia hace no tantos años, para intentar colegir alguna enseñanza aplicable a la situación que hoy se vive en Crimea: «En Moldavia pasó algo parecido a lo que ha sucedido con Crimea. Pero el conflicto moldavo ocurrió en 1990. Nos intentamos independizar y una franja del territorio se declaró prorrusa. En aquel momento, los nacionalistas moldavos hablaban mucho de que el idioma ruso nos lo había impuesto la Unión Soviética

a la fuerza y que había que hacer del rumano una lengua oficial. Vamos, que no se sabe bien quien disparó primero pero empezó una guerra. En la franja de Transnistria estaba el 14 Ejército de Tierra, en aquel momento soviético. El general al mando de ese ejército puso sus unidades dispuestas para el combate, supongo que por orden de Moscú, para defender la población prorrusa. Desde el gobierno moldavo empezaron a decir que las unidades blindadas habían cruzado el río y se estaban acercando a la capital. Se dio la orden de empezar la movilización. Venían a casa los policías y te podían detener si te negabas a luchar del lado de los moldavos. Creo que hicieron esto porque tenían pocos soldados en comparación con el 14 Ejército soviético. O tenían miedo de que los soldados moldavos no quisieran luchar contra los que hace poco eran sus compañeros. Así que decidieron alistar a la población civil. Después de una pequeña pelea entre mi madre y mi padre, tomamos la decisión de salir huyendo por el norte, a Ucrania, a casa de mi abuela. Evidentemente, el Ejército 14 era profesional y mucho mejor preparado que las unidades moldavas creadas deprisa y corriendo. Además, los moldavos acusaron al general al mando de la franja de entregar armas a los llamados separatistas (los prorrusos de la franja que estaban en contra de que Moldavia se hiciera independiente). Como se ve, hubo acusaciones cruzadas, igual que pasa ahora. Pero realmente no se sabe la verdad, de modo que nadie ganó realmente. Murió gente por ambos bandos, unas 2.000 personas. Por lo general, fueron civiles armados. El ejército soviético (ya ruso en aquel momento), aunque cruzo el Dniéster, se dio la vuelta. Y sobre este río se estableció la frontera entre Moldavia y Transnistria. Y desde entonces, en esa franja de tierra hay un país solo reconocido por Rusia, llamado República de Transnistria.

Nada pasa si a alguien no le interesa que pase. Y esa es la clave de todo. La respuesta la tienen aquellos que provocaron y dirigieron el proceso de independencia en mi país en 1990. Al igual que ahora, la respuesta de lo que está pasando la tienen los nuevos líderes de Ucrania. Lo curioso es que entonces, igual que ahora, se les echó toda la culpa a los rusos...».

Para Ignacio García Sánchez, la existencia de una imbricación económica cada vez mayor a escala mundial atenúa la posibilidad de que Putin quiera ir más allá en una posible expansión territorial de Rusia. «Las complicaciones de todo orden —enfatiza García Sánchez— que surgirían, y que vendrían de este ámbito económico, son una especie de seguro internacional de *statu quo* … Creo que "se pasó de frenada" con el tema Crimea que apareció en su horizonte próximo como una fruta muy apetitosa de cara a la galería y que no pudo resistir la tentación… Pero como después han venido las

consecuencias, el mandatario ruso se apresuró rápidamente después a desaprobar los referéndums de independencia de las otras provincias del este de Ucrania, apoyo posterior a las elecciones presidenciales, retirada de las tropas de las proximidades de la frontera con Crimea… Cuando los oligarcas rusos se han visto afectados por las dificultades de las relaciones con las demás empresas europeas, han tenido que presionar, lógicamente, al presidente Putin que —vuelvo a repetirlo— no ha tenido más remedio que moderar su postura beligerante».

Elena Lacusta cree que Crimea es simplemente Crimea: «Ni rusa, ni ucraniana. Desde hace bastantes años ha venido siendo una república autónoma dentro de Ucrania, donde conviven ucranianos, rusos, tártaros y muchos otros habitantes de distintas procedencias. Como antes había pertenecido por un espacio de más de dos siglos a Rusia, es lógico que haya muchísima influencia rusa en esta región. Al unir Crimea, Rusia rompió las reglas del Derecho Internacional».

Gala dice no ser ni prorrusa, ni proeuropea. «A mí me gustaría, sencillamente, que Ucrania fuera un país más civilizado; la ayuda europea posiblemente pudiera contribuir a seguir ese camino, pero debería ejercerse un control estrecho sobre la utilización de esos posibles fondos de ayuda porque, de otra forma, habría muchas posibilidades de que no llegase a los ciudadanos y acabase quedándose en los bolsillos de los políticos. En el caso de que fuera Rusia quien aportase esa ayuda a Ucrania, ya no habría solo posibilidad, sino seguridad de que esa ayuda no llegaría nunca a la ciudadanía. Se lo apropiarían las élites ricas y muy ricas del país, que también existen. Con Europa, estoy segura de que habría más control…».

«Los enfrentamientos entre las distintas facciones de la población —continúa diciendo Gala— son verdad, no son ficticias, existen y se están viendo incrementados en los últimos tiempos. Cuando yo todavía vivía en Ucrania, los políticos empezaban a usar un lenguaje incluso ofensivo para la población del este de Ucrania. Ese creo que fue el germen de las diferencias que hoy se han exacerbado y que han conseguido un verdadero enfrentamiento entre el este y el oeste del país».

Para Joaquín González, la coexistencia de los nuevos ricos con la gente humilde y los salarios irrisorios (300 € mensuales) de ciertas élites académicas o técnicas en el país son realidades que también se extienden a la zona de influencia de Rusia, Ucrania incluida. «Hay muchos conflictos latentes que no conocemos —afirma— que están por venir y que solo un régimen semiautoritario es capaz de controlar. Un país que en el año 1917 pasa de un régimen medieval a otro simétrico que es el comunista y, después de poco más de 80 años, pasa a una democracia, es imposible que sea realmente democrático porque no hay hábito, no hay el uso necesario para que realmente lo sea.

Además, los rusos no tuvieron Ilustración… Volviendo a *Guerra y Paz* , en un momento determinado y en una conversación entre dos nobles, se confiesan literalmente que los mujics (los campesinos rusos) tienen los huesos negros porque no los consideraban humanos. En un país que tiene casi 90 años de ese poso de pensamiento totalitarista no se va a cambiar de la noche a la mañana porque te den un voto o por la práctica; eso lo hace la educación, la posibilidad de confrontar el poder de las instituciones con el control cívico».

Advierte el profesor de que el conflicto de Crimea es también un toque muy importante para Europa, a la hora de ponerse las pilas en el terreno de la dependencia energética. «Habrá que crear nuevos viaductos —añade— para que sea ahora Argelia quien nos aprovisione de gas natural. En todo caso, el comercio, la interacción física por la proximidad geográfica de Ucrania y Rusia, la cultura, la lengua (en Ucrania se habla también ruso en todos sitios), obligan a estas dos naciones a tener que seguir manteniendo relaciones… Encontrarán una solución al conflicto, estoy seguro de ello».

Víktor quiere terciar de nuevo para traer a colación la opinión de un experto israelí cuya entrevista ha visto hace poco en la red. Para él, Putin no quiere coger toda Ucrania pero se ve obligado por razones de seguridad de Rusia. El experto opina que la mayor preocupación de Putin no es que Ucrania entre en la Comunidad Europea sino que pueda entrar en la OTAN. «Y eso sí que es grave para Rusia, porque EE.UU. querrá colocar su escudo antimisiles también en Ucrania. Como comprenderá, tener unas instalaciones así, cerca de las fronteras del imperio y confiar en que estas armas son solo de defensa, es pecar de inocente. Eso es un lujo que Putin no se puede permitir».

Lilia Mykolayiv piensa que la regeneración política que buscaba el Maidán y la invasión rusa de Crimea son asuntos totalmente distintos y espera que la ocupación del territorio de Crimea por parte de Rusia se acabe cuanto antes y de forma pacífica, «sin tener que recurrir al uso prolongado de las armas. En las listas de fallecidos por el Maidán, había personas de todo el país, también de los territorios del este (Crimea, Odesa, Donetsk, etc.) y este hecho yo creo que significa algo. Nosotros pensamos que Crimea es ucraniana. Hay firmados acuerdos internacionales, también recientes (por ejemplo en 1997), rubricados incluso por Rusia, que reconocen que el territorio de Crimea es ucraniano. Todo lo que está pasando estos meses es una pura violación rusa de esos acuerdos», concluye tajante.

IV

EL PELIGRO DE GUERRA CIVIL

La compleja y delicada situación que los acontecimientos descritos hasta ahora han llevado a Ucrania a polarizar la postura de buena parte de su población, ha colocado a las autoridades políticas del país ante una grave y doble responsabilidad: por un lado, buscar fórmulas de resolución del conflicto con sus vecinos rusos y, como ya hemos visto, casi hermanos; por otro, que la situación interna no derive en un enconamiento mayor de los sentimientos ciudadanos y que, con ello, el conflicto armado no se extienda al resto del territorio.

Sin embargo, hasta finales de 2014, los choques armados entre el ejército ucraniano y las milicias prorrusas eran cotidianos en el este del país, y especialmente en Lugansk (una zona próxima a la frontera con Rusia, de alto valor estratégico al estar muy cerca del gasoducto ruso y por los yacimientos de gas de esquisto que Ucrania quiere extraer para reducir su dependencia energética de Rusia); en Donetsk, por ser una de las ciudades más industriales y desarrolladas de Ucrania y, por último, en el importante puerto de Mariúpol.

Sobre el terreno, al principio, los ciudadanos, a pesar de las fuertes protestas y la presencia de las milicias prorrusas, mantenían la serenidad en todo el este de Ucrania. Pero el incendio de la sede sindical de Odesa lo cambió todo. Leticia Álvarez, enviada especial del diario *La Razón* escribía en su crónica del 14 de mayo («No nos odiamos, pero sabemos que ha empezado una guerra», http://www.larazon.es/detalle_normal/noticias/6266605/no-nos-odiamos-pero-sabemos-que-ha-empezado-una-guerra#.Ttt1DWsHLDYMplo), desde Donetsk, que «los ucranianos han comenzado a matarse los unos a los otros. Ya no son grupos aislados en manifestaciones. Ni siquiera la lucha por el poder político, ni la influencia extranjera en esta disputada nación. No. Son ucranianos contra ucranianos separados por una idea: ser fiel a Kiev o a Rusia».

La sensación de que todo está pendiente de un hilo, de que una nueva chispa, por pequeña que sea, puede prender todo el polvorín ucraniano, que es vivida a diario por los ciudadanos de Crimea, especialmente en las zonas de conflicto armado entre las milicias prorrusas y el ejército ucraniano, no solo se extiende por otras zonas del país, sino que también es percibida con gran preocupación por los ucranianos que están fuera —lo veremos en la segunda parte de este capítulo a través de las declaraciones de nuestros interlocutores— y por la diplomacia internacional, especialmente la europea. Como muestra, un botón: el 4 de mayo de 2014, unos días antes de la celebración de las elecciones presidenciales en Ucrania, el ministro español de Asuntos Exteriores, José-Manuel García Margallo,

expresaba al diario *El Mundo,* a través de una entrevista en donde tocaba diversos temas de política nacional e internacional, su preocupación por el peligro real de que el conflicto desemboque en una «guerra civil» y apuntaba a la necesidad de que «en Ucrania deben buscar la reconciliación nacional».

El hecho es que, a principios de septiembre, seis meses después de iniciado el conflicto en Ucrania, y según datos de Naciones Unidas recogidos por la agencia Reuters, el número de personas que habían muerto como consecuencia del mismo era ya de 2.729, aunque serían más de 3.000 si se tiene en cuenta a las víctimas del vuelo MH17 de Malaysia Airlines. A finales de diciembre de 2014, la cifra de muertos superaba ya los 5.000.

Intereses ajenos

Pero, para muchos analistas internacionales, este no es un conflicto natural o espontáneo entre ciudadanos ucranianos, sino que está alentado por Moscú para poder anexarse *de facto* el este de Ucrania, con un menor coste internacional. Uno de esos expertos, José Ignacio Torreblanca («La mano rusa», *El País* , 1 de mayo de 2014, http://internacional.elpais.com/internacional/2014/05/01/actualidad/1398955741_509469.html), piensa que la pendiente por la que nos deslizamos en Ucrania es la misma por la que se deslizó la antigua Yugoslavia. Donde entonces, tuvimos un aparato político-militar dirigido por Radovan Karadzic y Ratko Mladic; ahora asistimos también a la emergencia de estructuras políticas y militares paralelas como la autoproclamada República de Donetsk y el llamado Ejército Popular del Donbass: «Como ocurrió en Bosnia en su momento, y el Tribunal Penal Internacional para los crímenes en la antigua Yugoslavia probó, están instigados y apoyados logística y políticamente desde el exterior, entonces Serbia, hoy Rusia».

En la misma dirección apunta Alesia Slizhava, profesora de la Universidad Complutense y directora de la revista digital *Kosmos-Polis* , quien ve también una cierta voluntad rusa por frenar el proceso de la integración de Ucrania en la UE y en la OTAN o, al menos, que se integre únicamente su parte occidental, del Dniéper hacia Polonia: «Parece evidente que a Rusia lo que le interesa es mantener un conflicto prolongado de baja escala para debilitar a Ucrania, algo similar a lo que ya vimos en los conflictos de Abjasia, Osetia del Sur y Transnistria, al manipular a Georgia y Moldavia» («¿Qué hay detrás del conflicto de Ucrania?» , *El Mundo* , 2/09/2014, http://www.elmundo.es/opinion/2014/09/01/5404cc87268e3e446c8b459a.html).

No es, pues, únicamente —ni siquiera, primordialmente— la radicalización de los sentimientos ucranianos pro o antirrusos los que pueden estar en el trasfondo del conflicto surgido tras el movimiento

Euromaidán de finales de 2013, y los consiguientes acontecimientos que ha ido viviendo de forma frenética la república eslava, sino más bien intereses de las grandes potencias y, especialmente, Rusia, los que han alimentado el enfrentamiento. De hecho, casi dos décadas antes, Zbigniew Brzezinski, profesor de Política Exterior en la Universidad Johns Hopkins y consejero de Seguridad Nacional durante la presidencia de Carter, afirmaba ya en *El gran tablero mundial* (Ed. Paidós, 1998), que el alejamiento de Ucrania de Rusia sería un golpe considerable para Rusia, mientras que para Estados Unidos supondría un enorme éxito que ayudaría a debilitar el excesivo acercamiento Rusia-China, un actor rival en el mundo globalizado para Norteamérica y otros países del BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica).

A debate: el perdón y el olvido pueden estar aún muy lejos

La canción que suena en Crimea y en todo el este de Ucrania parece ser el eco de otra melodía que ya sonaba hace muy pocos años en la península de los Balcanes, en el mismo corazón de Europa. «La situación creada en Ucrania recuerda mucho a la situación que vivió Yugoslavia. Ahora parece que todo se va a derivar hacia una guerra civil. Aún así, yo soy optimista respecto a encontrar una solución que acabe con ella…», comenta Joaquín González.

Para Elena Lacusta, hay un verdadero peligro y las cosas pueden empeorar aún más: «Lo que está sucediendo ya es una guerra civil, aunque lo disfracen con palabras, con eufemismos, al llamarla conflicto o enfrentamiento. Quizás no se atrevan a hablar de guerra civil porque el número de víctimas no se cuentan por decenas de miles. ¿Los más de 2.500 muertos es poco? Lo que no sé muy bien es si Ucrania está en medio de una guerra civil o la guerra es entre Rusia y Ucrania».

La visión de Víktorse acerca mucho a la del profesor González: «Creo que hay solución, pero solo con la ayuda de EUA, UE y el resto de la comunidad internacional». Para el ucraniano moldavo, el factor Putin es el mayor enemigo de que la situación se normalice: «El peor sueño de Putines de ver como un pequeño país hermano, Ucrania, pueda llegar a hacerse fuerte y se convierta en más desarrollado que Rusia. Eso significaría su fin político y de todo su sistema. Y eso es justamente lo que él intenta evitar».

García Sánchez piensa que existe, sin embargo, una posibilidad cierta de un mayor enconamiento entre las partes que puede desembocar en una guerra civil abierta, sobre todo, como ya sucede hoy, si hay muertos de ambos bandos en medio: «Desgraciadamente, tenemos ejemplos diarios de ello. Siria lleva ya varios años. En África,

las luchas tribales (en Uganda, por ejemplo, hutus y tutsis), han propiciado largas y cruentas guerras civiles. ¿Cómo resolver que sociedades en donde ha habido muchas muertes vuelva nuevamente a imperar el perdón y el olvido? En nuestro mismo país, 80 años después, nos sigue costando encontrar el perdón… De ahí la enorme frialdad con la que hay que actuar a la hora de utilizar las fuerzas armadas, incluso en casos de una revolución como la ucraniana…».

Gala, por su parte, cree que hay resentimiento y, en algunos casos, hasta odio en las relaciones cotidianas en ciertos sectores de la sociedad ucraniana: «Yanukóvich es de la parte oriental de Ucrania y claramente prorruso. La población que se levantó contra él era fundamentalmente occidental. Los líderes de una parte del país fomentan el enfrentamiento con las de la otra parte, y tienen una clara responsabilidad en la situación de guerra civil que se está viviendo. No ha surgido todavía un líder que aglutine las dos sensibilidades y evite los enfrentamientos entre ambos sectores…».

Serhii vive desde España con mucha preocupación el desarrollo de los acontecimientos en su país: «Últimamente vivo siempre pegado a las noticias a través de la televisión, los periódicos y el móvil, viendo lo que está pasando». Cada minuto libre que tiene, comparte con los amigos la información a la que accede y todos ellos se muestran muy activos en las redes sociales.

Por último, Joaquín González, insiste, por otra vía, en la tesis de la influencia decisiva de Putinen los acontecimientos que vive Ucrania y reincide en ese cierto optimismo al creer que esta guerra entre hermanos va a ser corta.

V

El tibio papel de EUA y la UE

Hay quien piensa que Putin se ha vuelto loco, que el presidente ruso no ha considerado suficientemente las consecuencias de su algo más que «intromisión» en los asuntos internos de Ucrania. «Tal vez, Putinestá en otro mundo, —afirmaba Pilar Bonet, la corresponsal de *El País* en Moscú— pero en ese mundo están también hoy el 85 % de sus conciudadanos que le apoyan según datos de julio del Centro Levada» («Putin, una apuesta peligrosa», *El País* , 10/08/2014, http:// internacional.elpais.com/internacional/2014/08/08/ actualidad/1407513223_767422.html).

Lejos de esa especie de trastorno mental transitorio que algunos atribuyen a Putin, lo que hoy pasa en Ucrania se debe, en buena parte, a sus acciones y a los apoyos explícitos o implícitos que, además, no han sucedido en un breve espacio de tiempo, sino a lo largo de varios meses, y todo apunta que su postura se debe a una estrategia bien medida y aún mejor puesta en práctica.

Como ya se ha indicado anteriormente, tres hechos clave demuestran que aquí no hay nada casual, sino un detallado plan con un único objetivo, el de desequilibrar la tendencia de Ucrania en los últimos tiempos a acercarse a la Unión Europea. Los hechos a los que nos referimos han tenido lugar en 2014 y son: la anexión de Crimea, consumada en marzo, la desestabilización del este y el sur de Ucrania, especialmente de las regiones de Donetsk y Lugansk, acelerada a partir de abril y el ataque al avión M17 de las líneas aéreas de Malasia, que costó la vida a las 298 personas que iban a bordo el fatídico 17 de julio. Ninguno de los tres acontecimientos señalados habría tenido lugar sin la necesaria intervención —directa o indirecta— de la Federación Rusa. En unas declaraciones al periódico español *El Mundo* (17 de agosto de 2014), el Embajador de Ucrania en España Serhii Pohoreltsev, llegó a afirmar que, tras el ataque sufrido por el avión de las líneas aéreas de Malasia, «el Kremlin ha mostrado su verdadero rostro de agresor».

Pero, ante hechos tan graves como los señalados, desde el punto de vista político, diplomático y económico, ¿es apropiada o suficiente la reacción de los Estados Unidos de América y la de sus aliados de la Europa Occidental? ¿Y la ONU, debería hacer algo más que contemplar desde lejos un conflicto en el que uno de sus miembros permanentes en el Consejo de Seguridad, Rusia, está directamente implicado?

El politólogo y habitual colaborador en las páginas de *El País* , José Ignacio Torreblanca («Sangrienta vecindad», *El País* , 20 febrero 2014, http://internacional.elpais.com/internacional/2014/02/20/

actualidad/1392910857_267252.html), afirmaba en un artículo, sin ambages de ningún tipo, que Rusia y Occidente están inmersos desde hace ya algún tiempo en una nueva forma de Guerra Fría: «…llevamos demasiado tiempo interpretando mal a Rusia —decía Torreblanca—. Estados Unidos ya se llevó la sorpresa en 2008, cuando el intento de Georgia de salirse de la esfera de influencia rusa se saldó con una invasión rusa. Muchos europeos pensaron entonces que Rusia había trazado una línea roja en cuanto a la expansión de la OTAN a su área de influencia, pero se mostraron confiados en que Moscú, muy sensible en los temas militares, no se sintiera agredida si la aproximación se realizaba por vías económicas y comerciales. Como se ha visto, tomar a Putinpor tonto puede salir muy caro. Desde hace años, Rusia es consciente de que para sobrevivir geopolíticamente como potencia necesita mantener una esfera de influencia económica, lo que requiere evitar que los países de la vecindad oriental, desde Bielorrusia hasta Azerbaiyán pivoten económicamente hacia la UE».

En el mismo sentido apuntaba el comentario que, a principios de mayo 2014, escribía Inocencio Arias —diplomático de carrera, ex director de la Oficina de Información Diplomática y ex embajador español en la ONU—, en el diario digital *República.com* (http://www.republica.com/2014/03/18/la-inoperante-onu-y-ucrania_780011/). Arias escribía que «al Kremlin le repugna literalmente la idea de que ese país pueda tener una política exterior verdaderamente independiente, que, por ejemplo, intente entrar en la Unión Europea o se acerque aún someramente a la OTAN. Son verdaderas líneas rojas para Putin y la clase política rusa. En política exterior, Ucrania, Bielorrusia, Georgia, etc., tienen los movimientos limitados. Actuar con auténtica independencia es una restallante provocación para el Kremlin».

Efectivamente, la apuesta de Putintiene un indudable calado político y geopolítico. Con su movimiento en Ucrania, el presidente ruso intenta impedir que lo que queda de Ucrania se alíe definitivamente con Occidente. Las autoridades de Kiev tendrán así que considerar más despacio su inclinación hacia Bruselas y Washington. La amenaza de Putinestá muy clara: si Ucrania se desentiende de Rusia, el país nunca volverá a ser lo que era, porque la mitad prorrusa será definitivamente rusa.

Pero desde Occidente, ni Europa ni Estados Unidos contemplan, en ningún caso, una intervención militar. Como mucho, dar nuevas vueltas de tuerca a Rusia con sucesivas oleadas de sanciones económicas. Pero esa fórmula tiene un límite, si las autoridades europeas no quieren que los ciudadanos que las eligen reconsideren el sentido de su voto en las futuras elecciones políticas en sus países respectivos, porque la aplicación de esas medidas más severas pueden

perjudicar a su economía personal, bastante maltrecha ya por la crisis (recuérdese el descontento, por ejemplo, de los agricultores españoles en el verano de 2014 al ver reducidas sus exportaciones a Rusia de fruta y verduras), y quedarse en una situación mucho más vulnerable por su dependencia energética de Rusia.

La extrema prudencia con que Occidente está afrontando la invasión rusa del este de Ucrania muestra más una cierta debilidad de la política exterior de la UE, incapaz de poner de acuerdo a sus 28 miembros en cuestiones de tanta importancia, que una lección de diplomacia a la vieja Rusia, que ha optado —como ya se ha dicho— por la política de hechos consumados antes que brindarse a una negociación de imposible coincidencia que sitúe a Ucrania donde ella misma considere.

Francisco de Borja Lasheras, escribía también sobre esta cuestión a principios de año en este mismo sentido (« Fragmentación o reinvención», *La Razón* , 7 de enero de 2014, http://www.larazon.es/detalle_movil/noticias/4996399/internacional/fragmentacion-o-reinvencion): «El proyecto europeo, como idea, está en fase terminal, en parte por su éxito, pero también por fundamentarse en dos ejes, paz y prosperidad, hoy casi agotados y muy cuestionados», y continuaba diciendo: «Pero tanto paz como prosperidad requieren además poder, o sea, capacidad para influir en el entorno internacional, donde, como decía Palmerston, no hay amigos, sino intereses. Este es el segundo desafío: que los europeos puedan defender sus intereses en este mundo inestable, a través de las tres D —diplomacia, defensa y desarrollo—, influyendo en la toma de decisiones, en vez de que otros decidan por nosotros».

Unos meses más tarde, en el verano de 2014, Pilar Bonet, en una de sus crónicas para *El País* , desde Ucrania escribía que «Rusia y Occidente no saben aún si están en vísperas de una guerra, pero se han sumergido de lleno en la gran desestabilización del sistema de relaciones internacionales existente desde que la Unión Soviética se desintegró en 1991» («Putin, Una apuesta peligrosa», *El País* , 10 de agosto de 2014, http://internacional.elpais.com/internacional/2014/08/08/actualidad/1407513223_767422.html).

Si esta hipotética situación pasase a convertirse en realidad estaríamos, y sin remedio, abocados a una III Guerra Mundial, casi 70 años después de terminada la segunda. De esa posibilidad hablaremos con mayor concreción en el último capítulo de este libro.

Nuestros interlocutores a pie de calle, más cercanos al conflicto, tienen también mucho que decir al respecto.

A debate: ¿Ayuda exterior o injerencias en asuntos internos?

Los acontecimientos de la política internacional tienen una visión muy distinta en los salones de las cancillerías, las redacciones de los periódicos, las tertulias de cafés y las salas de estar de las familias porque esos hechos afectan de lleno, ya sea directa o indirectamente, a todos: quien no tiene a sus abuelos, tíos o primos, tiene amigos y conocidos en Ucrania. Más cerca de este último escenario están las ópticas de nuestros interlocutores ucranianos y, en un lugar distinto a los citados —las mesas de estudio, los laboratorios de análisis—, el de nuestros otros interlocutores.

Sobre este tema comienza hablando Lilia Mykolayiv,quien, desde el primer momento,se ha preguntado si la reacción europea ha sido o no la más adecuada y eficaz, ante la situación a la que se ha llegado: «Rusia, incluso, está hablando de una nueva unificación de los países del Este. Creo que Europa debería estar mucho más preocupada de lo que está, por el afán expansionista de Putin. Si al final llega a producirse esta reunificación, Europa va a perder mucho».

A su criterio, el golpe de mano de Putinha sido fríamente calculado para aprovechar la situación de Ucrania en beneficio ruso. «Putin —continúa diciendo Lilia—, creo que fue en 2008, ya había anunciado que intentaría volver a integrar Ucrania en Rusia, o en esa pretendida unión de países del Este. Está claro que este es el comienzo de un camino que transita para hacer realidad esa voluntad que había expresado ya hace unos años».

González enfoca el problema desde una óptica diferente y pone de relieve el cinismo del presidente ruso cuando, con motivo de la celebración en Francia del 70 aniversario del desembarco de las tropas aliadas en Normandía, «Putin llegó a decir que el tema de Crimea es un problema interno ucraniano, cuando resulta que es todo lo contrario…». A esto, además, hay que añadir, que las reglas, teóricamente «democráticas» de Rusia, no son las mismas que las que gozan las democracias en Europa: «El gobierno de Putin —aunque existe un elemento formal de elección—, no es un gobierno democrático, porque no existe una prensa independiente que controle al poder político (y cuando la hay, surgen consecuencias inmediatas para los periodistas), no hay ningún contrapoder. Hay, en cierto modo, una continuidad histórica que no rompe Putin, porque esto del control total es una tradición muy soviética y muy rusa».

Por su parte,Gala contempla la situación desde un punto de vista mucho más visceral: «Si de mí dependiera, creo que ni Europa ni Estados Unidos deberían interferir en asuntos que son de carácter exclusivamente interno. Es como si un tercero quisiera meter la nariz en un conflicto familiar. No solo no va a solucionar nada, sino que, incluso, puede contribuir a que las cosas vayan aún peor».

«Mi abuelo —continúa diciendo— vivió la II Guerra Mundial, y eso

es terrible. Pero, aún es más que unos hermanos luchen contra otros hermanos. Hay que hacer lo que sea para evitar que esto siga adelante. Nunca es tarde para negociar, hablar, intentar buscar una solución…».

Serhii Ivanov cree que EEUU y Europa han adoptado una postura prudente, que trata de preservar sus propios intereses, pero «no tengo ninguna esperanza de que su postura dé resultado alguno». Esta circunstancia, a su parecer, ha provocado cierta frustración en la población ucraniana, que había puesto mucha esperanza en que la firmeza de la alianza occidental hiciera cambiar la postura de Putin, aunque «por el momento estamos viendo que no se ha movido ni un ápice de su postura inicial».

«Europa necesita el gas ruso», comienza diciendo Víktor, para añadir que «la economía de EUA está basada solo en su poder militar. Teniendo en cuenta estas dos cosas, está claro que ni Europa ni Estados Unidos pueden hacer nada, porque si Rusia se une con China y se niegan a vender petróleo y gas en dólares y lo hacen en lingotes de oro, provocarían un golpe durísimo a la economía mundial. Posiblemente tenga consecuencias negativas para la economía rusa también, pero los rusos aguantarían sin problemas otros diez años, porque están acostumbrados a vivir en la escasez, mientras que la sociedad occidental, que nada en la comodidad, no».

Las matizaciones a estas afirmaciones de Víktor las pone Ignacio García Sánchez para quien un problema muy serio para Ucrania seguirá siendo la gran corrupción existente:«Ucrania no es un vergel, ni un paraíso para Europa. Se trata de un país muy rico, pero también muy problemático porque tiene un sistema de mafias muy incrustadas en la sociedad, y con muchos problemas internos. Tras la desmembración del estado soviético, unos cuantos acapararon mucho y en muy poco tiempo».

«Buena parte del centro y del este de Europa —añade García Sánchez—depende del gas ruso. Pero, al mismo tiempo, Francia está construyendo barcos para Rusia y muchos otros países europeos tenemos relaciones comerciales muy fuertes con el estado ruso. Esta situación de interdependencia es un factor de estabilidad muy importante y decisivo para la política de paz y seguridad».

«Lo que pasa —termina diciendo— es que estamos acostumbrados a reaccionar precipitadamente y, en este caso concreto de Ucrania, faltó tiempo para anunciar medidas de bloqueo económico contra Rusia, pero se olvidan las autoridades europeas que estos temas de carácter económico no son de calado inmediato, sino de medio y largo plazo. Un estado no puede sugerir a sus compañías (que, además, en muchos casos son ya multinacionales), que dejen de relacionarse con un país determinado de la noche a la mañana, sino que, en el caso de que

coincida con sus intereses, han de hacerlo progresivamente».

VI

ENTRE EL TANTEO Y LA ESTRATEGIA

A principios de septiembre de 2014, en plena crisis de Ucrania, y con otro frente mucho más serio en Oriente Medio (la irrupción del llamado Estado Islámico en la frontera de Irak y Siria), la OTAN celebraba una cumbre en Newport (Gales), calificada por el organismo militar internacional como una de las más importantes en su historia. En el transcurso de la misma se volvió a escenificar el apoyo occidental a Ucrania. De hecho, antes de los actos oficiales, el presidente ucraniano, Petró Poroshenko, mantuvo una reunión con los principales países de la Alianza Atlántica. En ella participaron el primer ministro británico y anfitrión de la cumbre,
David Cameron; el presidente de EUA, Barack Obama; la canciller alemana, Angela Merkel; el presidente francés, François Hollande y el primer ministro italiano, Matteo Renzi.

En esa primera jornada de la cumbre destinada a reforzar los mecanismos de defensa contra Moscú en lo que, a ojos de la OTAN, suponía el mayor cambio estratégico de la Alianza desde la Guerra Fría, y ante los líderes asistentes, el secretario general de la OTAN, el noruego Anders Fogh Rasmussen, acusó a Rusia de «atacar» y « desestabilizar» Ucrania y pidió al Kremlin que retirase sus tropas.

Paralelamente, Rusia no tenía ningún inconveniente en hacer pública, cada vez con más énfasis, su preocupación por la posible extensión a Ucrania de la Alianza Atlántica. Desde Moscú, el ministro de Exteriores, Serguei Lavrov, calificaba esa hipotética extensión de la OTAN en Europa del Este, como una amenaza para la seguridad de la Federación Rusa, al tiempo que anunciaba un cambio en su estrategia militar. Seguía, pues, una vieja táctica del Kremlin que consiste en una hábil y sopesada mezcla de diplomacia (gestos, palabras) y fuerza (movimiento de tropas, nuevas estrategias militares, etc.).

Lavrovextendía con sus declaraciones la estrategia marcada por su presidente, Putin, a la hora de resituarse en el tablero internacional y volvía a decir a Occidente que Rusia no está conforme con el papel que este ha querido asignarle después de la caída del muro de Berlín. Y en ese mismo plano hay que entender el apoyo de las autoridades rusas para la consecución de un alto el fuego en el este de Ucrania, demostrando así a Europa y a los Estados Unidos la predisposición rusa al diálogo, si se cumplen unos mínimos y si no se rebasan ciertas líneas y principios, a los que Rusia no está dispuesta a renunciar.

Así, el 5 de septiembre, el Gobierno de Poroshenko y los separatistas prorrusos —por supuesto, con el visto bueno del Kremlin— llegaron a un acuerdo para cesar las hostilidades en el este de Ucrania, que también incluía un intercambio de presos y la creación de corredores

humanitarios, entre otras cosas.

Unas semanas después, ambas partes y los observadores internacionales estaban de acuerdo en que la tregua se había cumplido «en términos generales», aunque también era una realidad que los combates continuaban en zonas estratégicas de las regiones de Donetsk y Lugansk.

El diálogo, no obstante, iba imponiéndose poco a poco frente a las armas, y el 20 de ese mismo mes los diarios internacionales titulaban ya con cierto optimismo que «la paz se consolida en el este de Ucrania con la creación de una zona desmilitarizada de 30 kilómetros entre las fuerzas gubernamentales y los separatistas prorrusos». Los negociadores, efectivamente, firmaron en Minsk, en la madrugada de ese mismo día, un memorándum de alto el fuego. Ese documento marcaba el repliegue no menos de 15 kilómetros del armamento de gran calibre, razón por la cual se creaba una zona de seguridad de más de 30 kilómetros de ancho. El acuerdo fue posible por la negociación entre todas las partes implicadas durante más de seis horas. En la mesa estaban presentes el primer ministro de la autoproclamada república de Donetsk, Alexander Zakharchenko; el líder rebelde de Lugansk, Igor Plotnitsky; el embajador ruso en Ucrania, Mikhail Zurabov; el expresidente ucraniano, Leonid Kuchma y el enviado de la OSCE, Heidi Tagliavini. Aún así quedó un asunto pendiente sobre la mesa: la cuestión de la pertenencia o no a Ucrania de Donetsk y Lugansk, aunque el tema continuaría en la agenda de negociaciones posteriores porque, para Rusia, ese era un asunto vital para seguir presionando al gobierno ucraniano y ganar influencia en la zona este del país.

Hasta aquí las palabras y las buenas y no tan buenas intenciones. Los hechos, sin embargo, fueron otros porque las autoproclamadas repúblicas populares de Donetsk y Lugansk, en el este de Ucrania, celebraban el 2 de noviembre de 2014 elecciones presidenciales y legislativas para consolidar su aproximación a Moscú, en unos comicios que contaron únicamente con el beneplácito del Kremlin, pero con el rechazo frontal de las autoridades ucranianas, que advirtieron de antemano que todos los participantes en las «pseudoelecciones» serían declarados como «cómplices de terrorismo». Además de Ucrania, Estados Unidos y la Unión Europea no reconocían los comicios al considerar que violaban los acuerdos de Minsk por los que los separatistas se comprometían a realizar estos comicios en diciembre bajo la ley electoral ucraniana.

El que entonces era primer ministro de la República Popular de Donetsk, Alexander Zakharchenko, y el mandatario de la República de Lugansk, Igor Plotnistki, ganaron las controvertidas elecciones regionales con el 70 % y el 63,8 % de los votos, respectivamente.

Zakharchenko afirmaba tras las votaciones que los comicios no contradecían los acuerdos previos. «Estaba escrito que tenemos derecho a nuestras propias elecciones».

Tres días después de la celebración de las elecciones, Kiev suspendía las ayudas sociales y las pensiones en ambas zonas. «Mientras las regiones de Donetsk y Lugansk sigan bajo control de todo tipo de impostores, no recibirán fondos del presupuesto central. El Gobierno no va a financiar a los terroristas e impostores», amenazaba el primer ministro de Ucrania, Arseni Yatseniuk.

Y dicho y hecho. Los cálculos de los ministerios de Finanzas y Desarrollo Económico y Comercio y del Servicio de Tesorería del Estado ucranianos estimaban que las subvenciones totales a los territorios de Donetsk y Lugansk, bajo control de los separatistas, ascendían a 19.600 millones de grivnas (unos 1.200 millones de euros) y 14.600 millones de grivnas (más de 890 millones de euros), respectivamente. Esos pagos incluían las prestaciones sociales —pensiones, subsidios de paro, prestaciones de invalidez, subvenciones a familias numerosas y otras ayudas sociales— y las subvenciones a la extracción de carbón, principal recurso del Donbass, la región que forman Donetsk y Lugansk.

La suspensión de pagos no afectaba al suministro de gas y electricidad a las zonas rebeldes. «Son nuestros territorios, es nuestra gente. Con los terroristas hablaremos aparte», decía Yatseniuk, y añadía que estas eran medidas temporales y que, «en cuanto se retiren los terroristas rusos de la zona de Donetsk y Lugansk, retomaremos el control sobre esos territorios y entregaremos personalmente a cada ciudadano las ayudas sociales a las que tiene derecho».

Tiempo de rencillas

A principios de febrero de 2014,Álvaro Gil-Robles, político, abogado y profesor español, que fue el primer Comisario de Derechos Humanos del Consejo de Europa entre 1999 y 2006, publicaba una tribuna en el diario de mayor tirada e influencia de España («Errores por ambos bandos», *El País* , 10 de febrero de 2014,*http:// internacional.elpais.com/internacional/2014/03/10/ actualidad/1394458487_125426.html*) que contextualiza muy bien el conflicto vivido desde principios de 2014 entre Rusia y Ucrania y, por extensión, la Unión Europea. La tesis de Gil-Robles en el artículo es que la UE no puede construir su proyecto contra Rusia. Iniciabasu argumentación citando a Emmanuelle Armandon, para recordar que la visión de la historia que se tiene es muy distinta según desde el lugar donde se escriba: «… hablar de Ucrania y especialmente de Crimea es cosa distinta para los rusos y su Gobierno. Como recientemente recordaba la investigadora Emmanuelle Armandon en el periódico *Libération* : “Para los rusos, Crimea es Catalina II, es el poderío naval

del Imperio ruso, es Yalta, los palacios imperiales, los poemas de Pushkin y las novelas de Chéjov"».

Más adelante, apuntaba el político español que el muro de Berlín aún no se ha enterrado totalmente: «La confrontación planteada con toda crudeza entre Rusia y Occidente ha estado larvada desde hace mucho tiempo. Las espadas de la guerra fría nunca se han llegado a envainar totalmente». Pero, —concluía finalmente el ex comisario europeo— «está claro que en el caso de Ucrania no habrá guerra, porque ninguna de las partes implicadas lo desea… Es el momento de la diplomacia, pero no contra Rusia, sino con Rusia».

Unos meses más tarde, en las páginas de opinión del mismo periódico, Mark L eonard, politólogo, cofundador y director del Consejo Europeo de Relaciones Exteriores, tenía una visión muy distinta del origen del conflicto a la expresada por Gil-Robles y ponía al presidente ruso como clave para el desarrollo futuro del conflicto. El artículo en cuestión lo titulaba «La revolución en la mente de Putin» (*El País* 8 de junio de 2014, http://elpais.com/elpais/2014/05/07/opinion/1399454461_689443.html). En él, Leonard venía a decir que lo que quizá comenzó como una táctica para garantizarse la supervivencia política se ha transformado en una misión que afianzará su lugar en la historia de Rusia y, por todo ello, es posible que este no sea más que el episodio inicial de una historia más prolongada en la que Moscú esté dispuesto a mantener un enfrentamiento prolongado con Occidente. Leonardacababa concluyendo que «después de años de defender el *statu quo,* Putin parece haber decidido que le conviene más trastocarlo. Rusia tiene talento para las revoluciones. Sufrió grandes vuelcos políticos en 1905, 1917 y 1991. Pero, mientras que las revoluciones anteriores querían cambiar a los dirigentes del país, la revolución de Putin pretende corregir el orden que le rodea».

La razón, probablemente, esté equidistante entre el pragmatismo de Gil-Robles y el determinismo de Leonard. Entre una y otra, es posible que existan muchas otras alternativas de futuro, pero ese es un aspecto que merece una reflexión más detenida y extensa, que abordamos en el capítulo siguiente.

A debate: Muchos y muy complejos aspectos

Llegado este punto, la situación, más que a una partida de póquer, se parece a una de ajedrez. Las partes conocen perfectamente las fuerzas propias y las del adversario. No hay más remedio que jugar pero no conviene que, desde el principio, el otro conozca toda mi estrategia. En ese juego o batalla se mueven unos y otros, y así lo ven nuestros interlocutores.

Para Elena Lacusta**,** «Putinno creo que vaya a ceder. A él no le importa ni siquiera perjudicar a su pueblo con tal de salirse con la suya».

Joaquín Gonzálezse para a analizar con algo más de detenimiento el contexto de uno de los contendientes, Rusia, especialmente en los aspectos geográficos, políticos y demográficos. El primero es estático, pero complejo por la gran extensión del país, y los otros dos, a medio plazo, juegan en contra de la Federación Rusa: «Yo trabajé un tiempo en Vladivostok, que está entre Moscú y San Petersburgo, y cuando tomaba el avión Moscú-Vladivostok, tardaba lo mismo que cuando volaba de Moscú a Nueva York. La diferencia es que todo el espacio que sobrevolaba entre las dos capitales rusas era territorio propio».

Continúa González comparando la situación rusa con la del gigante chino, por su cierta afinidad territorial y política con Rusia: «La primera vez que estuve en Shanghái visité el Museo de las Nacionalidades y allí pude conocer que en China hay 49 nacionalidades distintas. Solamente un sistema como el comunista, que amalgama toda esta variedad étnica, es capaz de mantener esa situación. En mi opinión, Rusia va a tener que enfrentarse a conatos de separaciones, de singularidades que surgirán entre tantos nacionalismos, intereses, islamismos, etc. Y que tendrá que lidiar con mano dura como demostración de la fuerza intrínseca que tiene, porque, de otro modo, toda esta serie de fuerzas latentes acabarían con el gran estado ruso».

Y, por último, nos recuerda el gran problema demográfico que vive Rusia desde hace decenios y sus manifiestamente mejorables condiciones sociales: «Después de la muerte de unos 20 millones de rusos en la II Guerra Mundial, el problema demográfico fue terrible porque apenas había un varón por cada cuatro mujeres. Ahora ha evolucionado a dos hombres por cada cinco mujeres. Rusia tiene un problema demográfico muy importante. En un reciente documental de la BBC en el que se analizaban las proyecciones de población del planeta en los próximos 40 años, se afirmaba con claridad que el país que menos va a crecer es precisamente Rusia. Además, en estos momentos, los rusos tienen, de media, diez años menos de esperanza de vida que los europeos. Y no es una cuestión de clima, sino de prestaciones sociales, de condiciones de vida, de alimentación… En una frontera geográfica tan próxima, esa diferencia con Europa es mucha».

Lilia Mykolayivincide también en el aspecto político yeconómico: «Hoy, en el mundo, además de los intereses políticos priman aún más los económicos y quizás por eso la comunidad internacional está optando más por la vía de la presión diplomática, económica y política, antes que lanzarse abiertamente a un conflicto con la Rusia de Putin. Este ha actuado por razones políticas.

España tiene muchos intereses económicos con Rusia, y la labor de los más de ciento cincuenta mil ucranianos que vivimos en España es

concienciar a las autoridades españolas de la realidad que está viviendo nuestro país y los intereses bastardos que Putinalberga con nosotros».

Cuando salió la gente a la calle en noviembre de 2013, nos dice Lilia Horan,«no lo hizo en defensa de un acercamiento mayor a Europa, sino en contra de Yanukóvich, cansada de tanta corrupción y tanto engaño. El presidente proclamaba hasta un día antes de resultar elegido, que sí, que se firmaría un acuerdo con Europa, y esa no fue más que una más de las mentiras del presidente y del gobierno que presidía. Su gobierno, además, estuvo lleno de mentiras. Un día antes de su derrocamiento seguía prometiendo públicamente que la firma de un nuevo tratado con Europa era inminente, cuando él no tuvo nunca esa intención. Las manifestaciones contra el presidente y su gobierno no eran antirrusas ni proeuropeas sino contra el propio gobierno. De hecho, estaban llenas de sus propios votantes, que ya hartos de sus mentiras, salieron también a la calle para manifestar su profundo descontento. Pero mucho me temo que ni siquiera las últimas elecciones (mayo 2014) acaben con el problema de fondo de Ucrania, la corrupción, que es un problema heredado de la URSS. Todo este ambiente de corrupción tiene su base en el régimen de la extinta URSS, en donde todo era ir y pagar, y ese modelo se ha transmitido a nuestros días. Entre otras cosas, porque siguen las mismas personas en el poder que ya estaban en la etapa soviética. Entonces, había que pagar si ibas al médico, si te paraba la policía, si pretendías avanzar académicamente… Ahora pasa lo mismo. Si un coche de policía te detiene, no te da un recibo para multarte por esa supuesta infracción cometida, sino que te indica una cantidad, que tienes que abonar directamente a los agentes y, si te niegas, puedes acabar perfectamente en los calabozos de la comisaría y, posiblemente, con un par de hostias encima… En España, sin embargo, ver una patrulla de policía a mí no solo no me asusta, sino que me da tranquilidad. Allí, si atisbo un coche policial, me digo, ¡vámonos de aquí cuanto antes! Es un cuerpo tan corrupto que nunca puedes esperarte nada bueno de ellos. No es una fuerza de seguridad, como debería, sino otra cosa muy distinta».

VII

¿MIRANDO HACIA EL FUTURO?

El ya irreversible paso de Crimea a la esfera rusa, constituye, por lo menos, un escollo más a añadir a la lista de conflictos latentes heredados de la Guerra Fría, como el del Transdniéster en Moldavia o los de Abjasia y Osetia del Sur en Georgia. Acaso por esto mismo, el ya citado José Ignacio Torreblanca afirmaba poco después de la anexión rusa del territorio ucraniano que «se equivocan, mucho y gravemente, quienes minimizan lo ocurrido en Crimea con el argumento de que no se trata más que de una secuela de lo sucedido en Kosovo. Porque no estamos ante un caso de escisión, sino de anexión. Una anexión, además, por el procedimiento exprés, sin ni siquiera fingir molestarse en ir a Naciones Unidas, al Consejo de Europa o a la OSCE para construir el caso de una minoría en peligro. Zarpazo y se acabó. En esto, la anexión de Crimea sí que crea un precedente y nos lleva a preguntarnos, como en el Big Bang, si superada la fase de explosión de la Unión Soviética, estamos ya en el comienzo de la fase de reabsorción» («El nuevo desorden», *El País* , 20 de marzo de 2014).

Por otra parte, y como ya hemos visto en el capítulo anterior, la OTAN ha reivindicado su papel como garante de la defensa colectiva de los aliados, aumentando su presencia en Europa Oriental y, por último, las relaciones entre Occidente (EUA y UE) y Rusia han caído a su nivel más bajo desde el final de la Guerra Fría, en lo que algunos perciben como el regreso a una política de bloques que creíamos ya superada en Europa.

Así las cosas, ¿es posible que volvamos a revivir una nueva etapa de Guerra Fría en las relaciones entre Oriente y Occidente? En general, los expertos no lo creen así todavía pero, al mismo tiempo, advierten que el camino que se ha iniciado es muy peligroso y que, si no se frena, si no se reconduce, si las partes no se sientan en torno a una mesa para discutir y negociar, se están cortando todos los lazos y esta situación tardará mucho en reconstruirse.

No se puede decir que se haya vuelto a un nuevo escenario objetivo de Guerra Fría, tal y como se entendía antes de 1989, fecha de la caída del muro de Berlín. Desde el final de la II Guerra Mundial hasta 1989 coexistían dos formas antagónicas de concebir la vida en sociedad, el comunismo frente al capitalismo. Era un mundo bipolar que, además, jugaba en terceros países. En estos momentos, el mismo presidente de los Estados Unidos, Barack Obama, ha dicho públicamente en más de una ocasión que USA ya no va a ser el «salvador» del mundo, de un mundo que es ya multipolar y con intereses cruzados, sobre todo en el ámbito económico, que hace

mucho más difícil tomar decisiones drásticas contra nadie porque, al final, los intereses propios pueden salir muy perjudicados. No hay más que ver la prudente, tibia y comedida actitud que ha tomado la alemana Angela Merkel con Rusia después de la anexión de Crimea por parte de esta última. Hay que medir muy bien las reacciones diplomáticas para no dar al traste con esa serie de intereses cruzados.

El politólogo Fernando Vallespín hacía un interesante análisis a mediados de septiembre en la radio estatal española (RNE*, No es un día cualquiera* , 14 de septiembre de 2014). Para Vallespín, hay cosas que hoy difieren absolutamente de la Guerra Fría clásica. La primera, es una verdadera paradoja: «Los Estados Unidos son, con mucho, el país más poderoso del mundo en el terreno militar. Hasta el punto de que lo son tanto como el resto del mundo en su conjunto. Ellos invierten en armamento tanto como todo el resto del planeta. Sobre todo en el poderío marítimo la diferencia es espectacular, porque la siguiente es siete veces menor, y su desarrollo tecnológico está a años luz del resto de los países. Lo curioso —y aquí viene la paradoja— es que para un presidente americano nunca ha estado más difícil hacer una guerra, aunque sea una guerra limitada. La opinión pública de hoy no admite con la facilidad de otros momentos, que la guerra sea una solución viable para algo. Ya se ha visto que hasta para intervenir militarmente contra asesinos que degüellan a periodistas y cuelgan sus «hazañas» en internet, Obama ha planeado una intervención casi quirúrgica a través de drones, donde no entra en peligro ninguna vida de ningún soldado americano». Y, para rematar el argumento esgrimido, el politólogo español terminó diciendo que «las poblaciones de las sociedades democráticas avanzadas solo admiten la guerra en situaciones verdaderamente extremas. Es un problema de la evolución de la conciencia moral del mundo en que vivimos. Ahora, por ejemplo, ante la situación creada en Oriente Medio por el Estado Islámico, que pretende formar un nuevo califato, todo el mundo piensa que moralmente estamos obligados a intervenir pero, por otra parte, la realidad es que esa intervención es la mínima».

Son, pues, esas razones apuntadas mucho antes por Ignacio García Sánchez y ahora por nosotros (la interdependencia económica) y las apuntadas por Vallespín (el miedo a la opinión pública) las que verdaderamente han operado para actuar solo a través de sanciones económicas contra Rusia, porque Putinsolo puede aguantar durante un tiempo, el que dure la euforia nacionalista rusa, pero no mucho más, porque su capacidad económica es mucho menor que la de Europa (el PIB ruso es, por ejemplo, el mismo que el de Italia).

Una consecuencia de esa interdependencia económica fue el acuerdo que, a finales de octubre, Rusia, Ucrania y la UE alcanzaban para garantizar el suministro de gas en el invierno 2014-2015. Rusia

había cortado el suministro de gas a Ucrania a mediados de junio debido a las facturas impagadas de Kiev y el desacuerdo sobre el precio de suministros futuros. Desde entonces, el Ejecutivo comunitario organizó numerosas reuniones trilaterales para tratar de forzar un pacto. Si este no hubiera llegado, la UE se habría visto afectada por una crisis del gas como las que sufrió en 2006 y en 2009, ya que alrededor de un tercio del gas que consume la UE proviene de Rusia y aproximadamente la mitad viene a través de Ucrania.

En el comunicado final sobre el acuerdo, la Comisión subrayaba su esperanza en que «este compromiso tenga un efecto de arrastre y contribuya a acercar posiciones entre Kiev y Moscú sobre la situación en el este de Ucrania».

Si el interés económico mutuo propicia el acuerdo entre los vecinos (Rusia, Ucrania y UE), ahora lo que conviene es buscar salidas políticas a Putin, que necesita alguna excusa para salvar la cara delante de su pueblo. Europa debe aprobar que a las minorías rusas de Ucrania se les pueda dar un alto grado de autonomía política y, paralelamente, preservar la entrada de Ucrania en la OTAN. Con eso, Putin vendería su logro internamente, y Europa, aunque sacrificaría parte de su influencia, podría volver a un cierto *statu quo*.

Pero no olvidemos tampoco que, al mismo tiempo, y alejando el foco de Ucrania, el evidente resentimiento contra Occidente ha llevado a Rusia a potenciar sus ya buenas relaciones con la República Popular de China, como se puso de manifiesto en la visita del presidente Putin a Shanghái a mediados de 2014. Ese binomio ruso-chino tiene consecuencias geopolíticas de calado, especialmente para una UE estancada económica y políticamente. Como indica Francisco J. Ruiz González «Rusia: del divorcio con Occidente a la luna de miel con China», (Boletín IEEE nº 62, junio de 2014, www.ieee.es), «si al anunciado desplazamiento del pivote estratégico estadounidense del Atlántico al Pacífico, se une una apuesta decidida de Rusia por su vector oriental, Europa puede dejar de ser definitivamente el centro del mundo para pasar a ser una región periférica, sola frente a las amenazas para la seguridad procedentes de su complejo vecindario».

A debate: Del pesimismo más duro, al optimismo más prudente

Nuestros interlocutores parecen consultar muy distintas bolas para adivinar el futuro. Para empezar, por ejemplo, para Elena Lacusta, la profesora de matemáticas, «el problema que tenemos es muy complicado y exige mucho talento y una dosis extraordinaria de diplomacia, que los políticos deben de poner en práctica para poder resolverlo. Aquí y ahora, lo cierto es que nadie quiere ceder. Probablemente, lo mejor para Ucrania habría sido que hubiera podido

resolver este problema sin intervenciones de terceros países, pero eso ya no es posible».

Lilia Orancree que ni Europa ni Estados Unidos están haciendo lo suficiente para presionar a Rusia para que cese la ocupación en Crimea y los hostigamientos contra Ucrania. Cree, al tiempo, que «lo mismo las potencias occidentales no pueden hacer mucho más; pero, en todo caso, a Putinle trae sin cuidado lo que hagan» y, paralelamente, piensa que el gobierno provisional que surgió tras el derrocamiento de Yanukóvichno hizo nada para impedir la toma de Crimea por Rusia.

Su compatriota, Lilia Mykolayiv, apostilla que «hay que actuar de forma inteligente. Rusia, es verdad, es Goliaten este conflicto. Pero no olvidemos que Davidvenció a Goliat». Europa, le parece también, no ha hecho nada para evitar que lleguemos a esta situación: «Si quieres sancionar, sanciona, pero de una forma en la que realmente Putin se sienta afectado. Y, para mí, esta es la vía de presión más efectiva, las sanciones económicas que llegasen, incluso, a aislar económicamente a Rusia. La guerra no solucionaría nada, sino todo lo contrario». Y, como muestra un botón, nos recuerda: «APutin le permitió la comunidad internacional en 2008 invadir Georgia y sin ninguna consecuencia posterior. Antes había hecho lo mismo con otros países y nadie dijo nada. Con esas premisas, es lógico que ahora suceda otro tanto. Y como Estados Unidos y Europa no paren a Putin, mañana será otro el país invadido».

ParaVíktor, es normalque Putin vele por los intereses de su país y no por los intereses de Ucrania. Como lo es también que Obamadefienda los intereses de Estados Unidos. «Quien piense otra cosa —afirma con ironía— no entiende nada. En Europa hay poco trabajo. Y si Rusia se transforma en una potencia y es capaz de hacerfuncionar su sistema de salud, el de justicia, el social, etc., la gente intentará irse para allá a trabajar, sobre todo si las condiciones empeoran en el resto de Europa. Desde mi punto de vista, a la mayoría de las personas solo les importa que en el país haya justicia y posibilidades de trabajar para comer, comprarse un coche, una casa y crear una familia. Además, necesitan sentirse libres para poder expresar su opinión. En Ucrania, como en la mayoría de los países de la antigua URSS, ahora la gente vive en condiciones precarias. Y lo primero que quieren es mejorar eso».

Locuaz, ordenado y apasionado, Víktorprosigue su análisis advirtiendo que es bastante pesimista mirando al futuro: «Los diplomáticos europeos han demostrado ser inútiles resolviendo conflictos de este estilo. Solo hay que recordar Kosovo». Piensa que a los Estados Unidos les interesaría mucho tener en Ucrania un presidente proamericano porque así matan dos pájaros de un tiro. Por un lado, pueden tener vigilada de cerca a Rusia y, por otro, controlan

las tuberías que alimentan con gas a Europa: «En caso de conflicto, cerrando el "grifo" dañan tanto a Alemania como a Rusia». Y, por último, en cuanto a Rusia, cree que sus políticos han hecho los deberes. «Mis familiares —afirma— que durante años han trabajado en la construcción en España se han ido todos para Moscú. Aquí ya no hay trabajo para ellos pero allí en la construcción se gana hasta 2.000 euros al mes. En Moscú han subido los sueldos de los policías, los médicos y los profesores que ahora superan los 1.000 euros al mes. Son sueldos casi iguales a los de los europeos».

Volviendo a mirar el problema con perspectiva internacional, Ignacio García tiene una visión doble, por un lado, estratégica y, por otro, económica. La primera está en línea con lo apuntado ya por un politólogo norteamericano, que sigue mucho a Obama, y que habla de tres niveles en la estructura de poder del mundo, o más bien habla de «un tablero de ajedrez en tres dimensiones: la primera de esas dimensiones es el poder militar. No ha nacido todavía estructura o nación alguna que pueda retar militarmente al mundo occidental, con Estados Unidos a la cabeza. Ni Rusia, ni ninguna coalición de países árabes podrían competir con Occidente, que todavía tiene una ventaja tecnológica y convencional muy grande. La segunda dimensión es la multipolaridad. Y la tercera dimensión son las relaciones transnacionales, esos organismos que no conocen fronteras. Estoy pensando, sobre todo, en la ONU, que nació tras la II Guerra Mundial y que ha ido perdiendo el prestigio que merece por no haber sabido dar cabida en la representación que merecen esas grandes potencias reales o emergentes (Alemania, India, Brasil o Nigeria, por citar una de cada continente). Esa es la gran responsabilidad de la política, de las arquitecturas de seguridad. Eso se tiene que modificar y dar lugar a una nueva estructura que dé cauce a todos esos movimientos mundiales»

La segunda, la que se refiere a la economía internacional, es evidente, para el militar, que está cada vez más integrada, que es más interdependiente: «Ni la rusa, ni la china escapan tampoco a esta situación. Ahora, por ejemplo, las multinacionales chinas están formadas por capital extranjero en un 40 %. Las occidentales no van más allá del 25 % de capital nacional y el resto, de capital extranjero. Esta es la tendencia hacia la que caminan también las multinacionales chinas o rusas…».

Joaquín González se muestra extremadamente realista al afirmar que «la situación de Crimea creo que ya no tiene vuelta atrás. Mandan los hechos consumados en una población que se muestra prorrusa en un 90 %. Pero esa autonomía Crimea viene dada no ya por Moscú, sino porque la percepción de la población es que se sienten más apoyados estando en la órbita rusa, que en la europea. De hecho, los

mismos ucranianos, no han sacrificado vidas por alterar lo que está pasando y ya lo dan por irreversible».

Observador privilegiado y cotidiano de la realidad internacional, Gonzálezcomenta también que el presidente ucraniano, Petró Poroshenko, cuando se entrevistó con Putinen Normandía, es de suponer que haya llegado a algún tipo de acuerdo para marcar una nueva pauta, alguna otra vía de coexistencia pacífica.

Más adelante, Gonzáleznos cita a Joan Garcés, el abogado español que llevó la causa contra Pinochet, con quien se encontró en viaje de trabajo en Costa Rica, y le comentó que había visto en un periódico francés unas declaraciones de Putinen las que afirmaba que no temía a las amenazas porque tiene armas nucleares y, en caso necesario, podría borrar a quien haya que borrar de la faz de la tierra. «Unas declaraciones reveladoras de la irresponsabilidad de un personaje que actúa como si estuviéramos en la Guerra Fría —comenta el profesor—, donde la empatía por el otro es cero».

«En las imágenes que se vieron en la celebración del desembarco de Normandía en Francia —continúa diciendo González—, se le veía incómodo (no digo yo tanto que como un niño castigado) y, desde luego, ahora las autoridades internacionales le están dificultando al máximo su labor en los foros internacionales».

Por último, el profesor apela a su conocimiento directo del pueblo ruso: «Muchas veces, allí lo primero que te sueltan es que Napoleón no pudo con nosotros, tampoco pudo Hitler, el pueblo ruso está para aguantar lo que sea… Y, para mí, lo que sea es Putin».

VIII
¿AL BORDE DE UNA III GUERRA MUNDIAL?

Escribía Mark Leonard a principios de mayo de 2014, unos días antes de la elección de Petró Poroshenko como nuevo presidente democrático de Ucrania que «cuando los ucranianos salieron a la calle para protestar contra su Gobierno a finales de noviembre, esperaban desencadenar una revolución. Cuando derrocaron al presidente Víktor Yanukóvich en febrero, no sabían que había una revolución más amplia que estaba en la mente de Vladímir Putin» («*La revolución en la mente de Putin* », *El País* , 8 de mayo de 2014, http://elpais.com/elpais/2014/05/07/opinion/1399454461_689443.html).

Más adelante, añadía algo que ya se ha comentado varias veces aquí, en páginas anteriores: «La nueva ideología de Putin pretende aunar el nacionalismo étnico con el proyecto neoimperial de construir una Unión Eurasiática. El resultado es una mezcla explosiva…» Y terminaba diciendo que la revolución de Putin «pretende corregir el orden que le rodea».

Putin está midiendo con precisión milimétrica cada uno de sus actos y de sus gestos y conoce muy bien los límites de Occidente en sus posibles reacciones. Desde luego, es evidente que no escuchó al presidente interino de Ucrania, Olexander Turchinov, entre febrero y mayo de 2014 —fechas de la huida de Yanukóvich a Rusia y la elección del nuevo presidente de la república—, que en su ánimo de no quedarse solo frente al gigante vecino llegó a advertir a la comunidad internacional de la posibilidad de que este fuera el germen de una posible III Guerra Mundial.

¿Era esa salida de Turchinov un simple farol, de los que frecuentemente se exhiben en estas peligrosas partidas de póker que los estados libran en el escenario internacional, o realmente este asunto podría haber constituido el inicio de una crisis internacional sin precedentes tras la Guerra Fría? Ya lo hemos dicho antes, pero lo repetimos ahora: ni a Occidente ni a Rusia le interesa hoy iniciar ninguna guerra y, menos aún, de carácter mundial. Pero, al mismo tiempo, la jugada iniciada por Putin con el afán de apagar la nostalgia de muchos rusos que todavía añoran la época en que la URSS era una superpotencia mundial, no tiene vuelta atrás.

Pero que hoy no parezca suficiente el hecho de que Rusia se haya convertido en potencia ocupante de una parte del estado de Ucrania, después de la invasión de Crimea, y que esté alentando el nacionalismo y el separatismo de la zona este del país (en las regiones de Donetsk y Lugansk, especialmente) no significa que, si persiste esta

situación de incomunicación y desconfianza entre las partes, no acabe constituyendo un verdadero problema con consecuencias imprevisibles.

Felipe Sahagún, periodista, profesor y analista internacional afirmaba (RNE, *No es un día cualquiera* , 14 de septiembre de 2014) que si no se resuelve este problema podemos volver a una nueva Guerra Fría o como queramos llamarla ahora… Para el experto, «el número y la gravedad de los conflictos puede ir aumentando progresivamente si no se refuerza la colaboración entre Moscú, Washington y la UE» y, además, y como consecuencia de lo anterior, la posibilidad de solución de muchos de estos conflictos se complicará tremendamente si se dificulta o se corta la colaboración internacional en aspectos comunes y básicos y, más aún si, paralelamente, la tensión militar va en aumento: «La inversión en armamento se multiplicará y lo hará en detrimento de otras partidas sociales…». En otras palabras, que se pondría en peligro la continuidad en la atención en lo esencial (alimentación, salud, educación), la modernización de los países menos desarrollados, sacar de la pobreza a millones y millones de habitantes de esos mismos países, el fomento de su democratización —que está estancada en los últimos años—, el desarrollo sostenible como uno de los objetivos del milenio, etc.

Terminaba Sahagún planteando una pregunta y, al mismo tiempo, dando su respuesta: «¿Por qué entró en vigor el acuerdo de Kioto? Hasta que no entró Rusia —y costó mucho convencerla—, no hubo votos suficientes para poder ponerlo en marcha. Ningún acuerdo contra el medio ambiente o de lucha contra el cambio climático va a poder entrar en vigor si no está de acuerdo Rusia. Y, además, como no se encajen las relaciones con Rusia, se van a producir muchos otros problemas. Ya han empezado por apostar por Asia, con ese acercamiento a China, y no van a colaborar en la lucha contra la proliferación nuclear, ni en la resolución del conflicto en Irán, ni en la búsqueda de una solución de la proliferación de conflictos en Oriente Medio, como el de Siria, en donde Rusia tiene tanta influencia». Y Sahagún terminaba diciendo que «necesitamos control de daños, intentar comprender la posición del otro, y sentarse y escucharlo, no pensar en visiones a la hora de actuar, sino en hechos».

En 2009, la entonces Secretaria de Estado de Estados Unidos, Hillary Clinton, encabezó la creación de una comisión, la Comisión Presidencial Bilateral, formada por 20 grupos de trabajo ruso-norteamericanos, en donde se estudiaba conjuntamente aspectos tan críticos como las reformas militares, las reformas de las prisiones, la cooperación espacial, los planes de educación en las academias militares de ambos países, la seguridad nuclear en la que USA ha puesto muchos millones de dólares para ayudar a que los desechos no

acaben en manos de grupos terroristas… Comisiones como esta es muy importante que no dejen de existir y de ser operativas porque, de otra forma, si no como consecuencia inmediata, la invasión de Crimea por Rusia, sí que puede acabar convirtiéndose en el origen de una confrontación mucho mayor entre los viejos bloques mundiales que, de seguir por ahí, podría traer consecuencias imprevisibles para todo el planeta.

Para concluir este acercamiento a la situación generada en Ucrania tras la invasión de Crimea por Rusia, hay que decir también que en los medios de comunicación recae la enorme responsabilidad de no dramatizar los hechos, ni exacerbar con sus informaciones los ánimos de los contendientes y limitarse a informar con la mayor objetividad, escuchando a las partes contendientes para poder contrastar opiniones.

Es previsible, al mismo tiempo, que los intereses nacionales —en muchas ocasiones tremendamente egoístas—, sigan alimentando conflictos como este, que solo la globalización de la economía, que propicia que esos intereses sean comunes, impida que se extiendan. En todo caso, seguirán existiendo y acarrearán inevitablemente el estancamiento del desarrollo y el bienestar de los pueblos, que es la senda a la que quieren sumarse todos los estados.

Todos los momentos históricos son cruciales. De lo que se hace hoy depende el futuro inmediato y nada peor para el futuro que cortar los puentes de diálogo. Incluso habiendo conflictos. En esas situaciones, más que en ninguna otra, porque las soluciones a un problema comienzan siempre con el diálogo entre las partes.

A debate: Posible sí, pero no probable

Gala está convencida de que «si Rusia prosigue por ese camino de anexiones paulatinas e indiscriminadas, al tiempo que ayuda a Ucrania del este, lo mismo Estados Unidos y Europa ayudan a la del oeste y, en una escala creciente de hostilidades, no se sabe en qué podemos acabar. Lo mismo puede volverse a la época de la Guerra Fría. En estos momentos, yo soy bastante pesimista a este respecto y me siento impotente para poder hacer algo que modifique el curso de los acontecimientos. Incluso ayudar a mis familiares resulta cada vez más difícil».

Un matiz más aporta Lilia Mykolayiv que piensa que «la gente que salió a la calle en Euromaidán —en noviembre de 2013—, para expresar su descontento frente a la situación que estaba atravesando el país, no podía llegar a imaginar, siquiera, el alcance de su actitud y sus consecuencias (caída del gobierno, invasión rusa, etc.), que hubiera podido constituir, incluso, hasta el germen de una posible tercera guerra mundial». Reflexiona unos momentos y, a continuación, añade que «lo que pasa es que hoy, además de los intereses políticos

priman aún más los económicos y, quizás por eso, la comunidad mundial está optando más por la vía de la presión diplomática y política, antes de lanzarse abiertamente a un conflicto con la Rusia de Putin. Este, por otra parte, me parece que sí que ha actuado por razones políticas». En su criterio, «su golpe de mano ha sido fríamente calculado para aprovechar la situación de Ucrania en beneficio ruso. Putin, creo que fue en 2008, ya había anunciado que intentaría volver a integrar Ucrania en Rusia, o en esa pretendida unión de países del Este. Está claro que este es el comienzo de un camino para hacer realidad esa voluntad que había expresado ya hace unos años».

No piensa lo mismo Joaquín González, quien no contempla para nada esta posibilidad, ya que «por la complacencia de un estado, Europa no va a poner en riesgo todas sus consecuciones y logros en materia social y política. Aún estando en crisis y en decadencia, Europa es hoy el ámbito geográfico mundial de mayor bienestar aunque, probablemente, esa situación se vea alterada dentro de 30 o 40 años».

De forma muy parecida se expresa Ignacio García Sánchez. Para él, si uno piensa racionalmente, la afirmación de las autoridades ucranianas alertando sobre la posibilidad de que el conflicto ucraniano ruso pudiera llegar a ser el germen de una posible III Guerra Mundial, no se sostiene por ningún lado: «No dejan de ser un brindis al sol, un gesto de cara a la galería. Pero, al mismo tiempo, no olvidemos tampoco que la historia está llena de pequeños detalles iniciales que han llegado a provocar un conflicto a escala mundial. Pensemos, por ejemplo, en las dos guerras mundiales… De ahí la existencia de la estructura de seguridad, los órganos para la gobernanza mundial. Tener siempre capacidad y vías de escape es fundamental. Eso es lo que pide el área oriental asiática, estructuras como tiene ahora mismo Europa o Norteamérica, que ya están muy validadas para que situaciones de conflicto como esta puedan tener vías de salida para evitar escaladas a niveles internacionales».

Por último, Elena Lacusta no quiere hacer de futuróloga porque «no puedo saberlo, pero no creo…, quizás porque no quiero ni pensar en ello. Pero si la OTAN interviniera militarmente, por pequeña o localizada que fuera esa intervención, es posible que Rusia no permaneciera de brazos cruzados y, a partir de ahí, todo podría pasar...».

NOTA FINAL

El conflicto entre Rusia y Ucrania parecía apaciguado desde que el 5 de septiembre se firmaran los acuerdos de Minsk, que permitieron un esperanzador alto el fuego. A raíz de esos pactos, la OTAN constató que las tropas rusas que había desplegadas en la zona habían disminuido casi hasta su desaparición y que también era mínimo el número de soldados desplegados en la frontera. Pero las pseudoelecciones que los territorios separatistas de Donetsk y Lugansk celebraron el 2 de noviembre hirieron de muerte estos acuerdos y elevaron la tensión en la zona.

Cuando estamos ya a punto de terminar este libro, a mediados de noviembre de 2014, conocíamos que un convoy con 43 camiones militares sin distintivo, que transportaban lanzaderas de misiles y cañones, fue detectado por observadores internacionales de la OSCE, la organización que vela por la seguridad en el continente europeo. Según esos observadores, cinco de esos camiones transportaban lanzaderas de misilesy otros tantos llevaban piezas de artillería de 120 milímetros.

La Alianza Atlántica iba un poco más allá que la OSCE al asegurar que esos vehículos no identificados provenían de Rusia y, además, que había tanques, artillería, sistemas de defensa militar y tropas de combate.

Kiev llevaba ya, desde principios de noviembre, denunciando la entrada en territorio ucraniano de convoyes con armamento pesado y tropas por carretera y vía férrea, a través de los sectores de la frontera controlados por los rebeldes. Mientras tanto, Moscú, a través de un portavoz del Ministerio de Defensa de Rusia, Igor Konashenkov, desmentía las acusaciones de la OTAN y las consideraba «sin fundamento». Pero este tipo de desmentidos, como es obvio, están siempre en el guión de cualquier conflicto armado.

El ministro de Defensa ucraniano, Stepán Poltorak, haciendo caso omiso del desmentido de Moscú, anunciaba por esas fechas que el ejército ucraniano se estaba preparando para responder a acciones militares en el este del país por parte de las milicias prorrusas, y que por esa misma razón estaba reagrupando sus fuerzas en las zonas de Donetsk y Lugansk, preavisando a los reservistas y construyendo una primera y segunda línea de defensa en ambas regiones.

Las tropas de Kiev han convertido ya en ruinas el aeropuerto de Donetsk y siguen tratando de crear una brecha entre esta y Lugansk con el fin de quebrantar la resistencia secesionista. Mientras, los insurgentes rebeldes no ocultaban su intención de reconquistar plazas estratégicas como Slaviansk y Kramatorsk,o tomar Mariúpol (la salida al mar de Azov), sede del gobierno provisional en Donetsk.

Desgraciadamente, creemos que situaciones como las descritas

seguirán produciéndose y la escalada de tensión en Ucrania irá *in crescendo* —no podemos caer en el buenismo milagroso y, menos, en las relaciones internacionales—. Más aún, si no se estrecha el marco internacional de sanciones contra la política expansionista de Putin, ya que la intervención militar internacional en apoyo de Ucrania —en estos momentos, al menos—, no parece ser un movimiento probable dentro del tablero geoestratégico internacional.

Los Veintiocho no paran de estudiar medidas adicionales y están destacando como verdaderos campeones de la lentitud en la toma de decisiones, en el mejor de los casos, o de la inacción en el resto. La mayoría de los Estados integrantes de la Unión Europea ha optado por una política extremadamente prudente frente a los constantes órdagos de Putin y prefieren mantener la situación de las sanciones económicas descritas anteriormente —que dañan a Rusia aunque no tienen impacto político— y ganar tiempo para ver cómo evolucionan los acontecimientos.

Una minoría de países de la misma UE (no más de diez), es más partidaria de adoptar una actitud más firme que el mantenimiento de las sanciones económicas acordadas o el mero incremento de la lista de figuras políticas y empresas de los territorios separatistas sancionadas por su papel en la desestabilización de Ucrania, a quienes se les impediría viajar a la UE y se procedería a la inmovilización de los capitales depositados en territorio europeo.

El hecho es que, a juzgar por los resultados, la comunidad internacional parece haber aceptado ya que un estado, el ruso, de forma unilateral, y saltándose todos los tratados internacionales, puede anexionarse una región —Crimea— de otro estado, Ucrania; puede también alentar el secesionismo de otras regiones del Este de Ucrania, armando a los rebeldes, apoyándolos con armamento pesado y tropas de élite, sin que por ello se modifique sustancialmente el *statu quo* internacional.

Supongo que, a estas alturas, ya se habrá convencido, amigo lector, de que el título de este libro podría haber sido otro. A la política basada en el afán de creación de un imperio por parte de un estado se le denomina imperialismo. Es indiferente que ese expansionismo esté motivado por razones históricas, económicas o de prestigio, o que a ellas se unan implicaciones estratégicas. A través de la historia ha adoptado diversas formas políticas y económicas. De una u otra forma, a los emperadores, a los soberanos del imperio ruso se les ha llamado zares. El último de la saga, como ve, no es otro que el zar Putin.

AGRADECIMIENTOS

Quiero hacer explícito mi agradecimiento a todas las personas que han colaborado, de una u otra forma, en que este libro haya podido salir adelante. En especial, a quienes se han prestado generosamente a hablar conmigo el tiempo que ha sido necesario, acerca de cuantos temas relacionados con Ucrania he puesto sobre la mesa: ***Lilia Mykolayiv*** *,* ***Lilia Horan*** *,* ***Elena Lacusta*** *,* ***Sherii Ivanov*** *,* ***Gala*** *y* ***Víktor,*** *con sus visiones íntimas y cercanas del conflicto, a* ***Ignacio García Sánchez*** *(capitán de navío de la Armada Española) y a* ***Joaquín González*** *(profesor de Derecho Internacional en la Universidad Alfonso X, el Sabio de Madrid), por sus puntos de vista más desapasionados. Las dos visiones son tan necesarias como complementarias para entender lo que pasa en ese extremo de Europa.*

Hay también dos personas sin cuya intervención este libro no habría sido posible: ***Gloria Lora Tamayo*** *, eficaz y entrañable coordinadora de enseñanza de español en el Centro de Ucranianos de Madrid, por donde han pasado casi todos los ucranianos afincados en la capital de España, desgraciadamente desaparecida ya de entre nosotros, pero que todos llevamos en el corazón y en el eterno recuerdo; y a su sucesora,* ***Aurora Cervera,*** *que sigue haciendo realidad esa labor tan útil y necesaria para unos, como altruista y generosa para todos.*

De verdad, de corazón, mi máximo reconocimiento y gratitud para todos ellos.

Madrid, diciembre de 2014

Título original: *Ucrania frente a Putin*
Primera edición, 2015
© De esta edición: viveLibro
© José-Miguel Vila López
ISBN ePub: 978-84-16317-54-7
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Vivelibro agradece cualquier sugerencia por parte de sus lectores para mejorar sus publicaciones en la dirección info@vivelibro.com
Conversión a ePub: Safekat, S. L.
Laguna del Marquesado, 32 - Naves J, K y L
Complejo Neural 28021 Madrid
Realizado en España (UE)
Vivelibro® es una marca registrada por Zasbook, S. L.
www.vivelibro.com